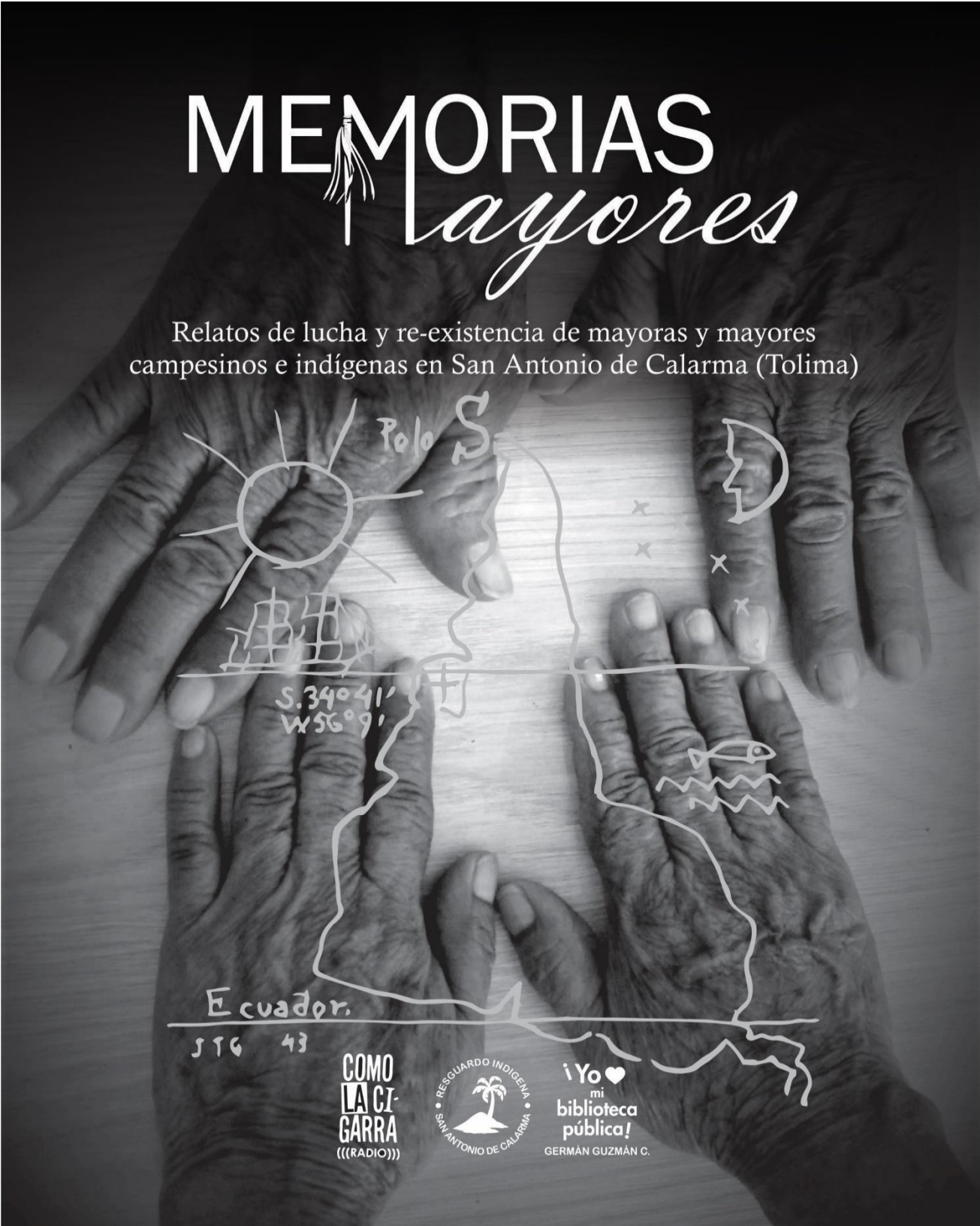
MEMORIAS Mayores

Relatos de lucha y re-existencia de mayoras y mayores campesinos e indígenas en San Antonio de Calarma (Tolima)



COMO LA CIGARRA (((RADIO)))

RESGUARDO INDIGENA • SAN ANTONIO DE CALARMA •

¡Yo ♥ mi biblioteca pública!

GERMÁN GUZMÁN C.

MEMORIAS
Mayores

MEMORIAS Mayores

Relatos de lucha y re-existencia de mayoras y mayores campesinos e indígenas en San Antonio de Calarma (Tolima)

COMO LA CIGARRA (((RADIO)))

RESGUARDO INDIGENA SAN ANTONIO DE CALARMA

¡Yo ♥ mi biblioteca pública!
GERMÁN GUZMÁN C.

MEMORIAS MAYORES. RELATOS DE LUCHA Y RE-EXISTENCIA DE MAYORAS Y MAYORES CAMPESINOS E INDÍGENAS EN SAN ANTONIO DE CALARMA (TOLIMA)

Andrés Felipe Ortiz Gordillo
ComoLaCigarraRadio.com
Dirección editorial y textos

Diana Isabel Villalba Yate (Periodista e investigadora RISC), Lorena Ramírez (Biblioteca Pública Municipal Germán Guzmán Campos), Francisco Andrés Cristancho Rojas (Periodista, revisión de texto y estilo).
Apoyo editorial, sistematización y revisión de textos

ComoLaCigarraRadio.com
Fotos, diseño, diagramación y cubierta

América Invertida (1943) Joaquín Torres García
Imagen fondo de portadas

San Antonio de Calarma (Tolima, Colombia), 2022

Cada autor-narrador reseñado en los textos es responsable de su contenido. Esta publicación tiene licencia Creative Commons y puede ser distribuida, copiada, citada sin autorización de los editores, siempre y cuando sea sin uso comercial y se reconozcan las autorías de los contenidos (Reconocimiento - No Comercial).

Memorias Mayores es una publicación que busca recuperar relatos testimoniales para aportar elementos de análisis a la memoria colectiva del municipio de San Antonio de Calarma, Tolima. Es una publicación con vocación comunitaria, que convoca las voces de las mayoras y los mayores, campesinos e indígenas, que habitan y son habitados por este territorio sanantoniano.

Memorias Mayores surge como una iniciativa autogestionada del colectivo ComoLaCigarraRadio.com y del Resguardo Indígena San Antonio de Calarma, frente a la necesidad contar con espacios de encuentro con la historia oral del municipio, teniendo en cuenta aquellas voces y memorias que no han tenido muchas oportunidades para hacerse audibles/visibles públicamente. Orientados por este propósito, hacemos articulaciones con espacios y actividades locales como las que organiza la Biblioteca Pública Municipal Germán Guzmán Campos, donde se vienen realizando tertulias con abuelos y abuelas en torno a un café, lo cual posiciona a la biblioteca más que como un lugar para almacenar y clasificar libros, como un punto central para la memoria viva el municipio.

Memorias Mayores es, también, un esfuerzo comunitario por aportar a las discusiones que sobre la verdad, la paz, la reconciliación y la no repetición se vienen impulsando, a nivel nacional, regional y local, frente a las dinámicas del conflicto armado que tanto impacto han tenido sobre la vida y la historia de las personas, las comunidades y el territorio sanantoniano.

ORGANIZACIONES EDITORAS

COMO LA CIGARRA (((RADIO)))

RESGUARDO INDÍGENA SAN ANTONIO DE CALARMA

¡Yo ♥ mi biblioteca pública! GERMÁN GUZMÁN C.

Agradecimientos

No son pocas las personas que construyen los procesos comunitarios. Excusándonos por los olvidos, agradecemos por su participación en esta publicación a las mayoras Damiana Guevara, Mari Enelia Tocarema y Rosa Elena García, y los mayores Rosalino Cruz, Tobías Olaya, José María Alape, José Yate Ducuara, Luis Carlos Aguiar, Reinaldo Aguiar y José Luis Rivera. Al gobernador Luis Alberto Hernández, por contarnos la historia de la parcialidad Palmira Alta del pueblo Pijao de San Antonio. A Lorena Ramírez y el espacio de "Tertulia y café" de la Biblioteca Pública Municipal Germán Guzmán Campos. Al Resguardo Indígena San Antonio de Calarma del pueblo Pijao, en particular al grupo de Investigación y Educomunicación "Tejiendo pensamiento Pijao" desde el cual se dinamizan estas iniciativas de memoria, integrado por Diana Isabel Villalba Yate, Islena Villalba Yate (médica ancestral), Nelso Céspedes, Yadira Villalba Yate, Adriana Marcela Guzmán Yate, José Jerónimo Guzmán Guzmán, Pedro Patiño Flores y Jesús Emilio Torres. A los investigadores, educadores populares y amigos solidarios Fernando Torres Millán de Kairós Educativo y Néstor Camilo Garzón Forero. Al amigo periodista Francisco Andrés Cristancho Rojas, quien contribuyó en la edición y revisión de textos. A Francisco Covaleda (Alcafesan), por compartirnos café e historias. A Andrés Angulo de Rugidos Disidentes, por la transcripción de algunos diálogos testimoniales con los mayores campesinos. Al profesor Alejandro Castillejo Cuellar, ex comisionado de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, por facilitar espacios para conversar sobre los aportes de estos procesos comunitarios autónomos a la verdad, la reconciliación y la paz en Colombia.

Al municipio de San Antonio de Calarma y sus líderes y lideresas indígenas y campesinas, quienes han re-existido con dignidad a todas esas guerras que, esperamos, algún día se vayan para nunca más volver.

A Ima, a los dioses del principio del mundo que cuidan y guían nuestros caminos. A los Mohanes y las Mohanas Pijaos que con su sabiduría armonizan y equilibran este mundo.

A todas y todos, karey karey.

Los editores.

Contenido

Presentación.
Memorias mayores: cuando aparece la memoria se espanta el olvido 7
Andrés Felipe Ortiz Gordillo

Parte I. MEMORIAS CAMPESINAS
Entre los espantos del más allá y del más acá 14

Don Rosalino Cruz: *"No tengo plata, pero tengo vida y amistades"* 15
Don José María Alape: *"Que me maten, pero no hago eso"* 18
Doña Damiana Guevara: *"Hay gente tan mala que ni el diablo se las lleva"* 21
Don José Yate Ducuara: *"Me trajeron cuando yo estaba pequeño"*. 24
Don Luis Carlos Aguiar: *"Aquí hemos hecho nuestra vida hasta ahora"* 26
Don Francisco Covaleda: *"Las historias se escriben desde el recuerdo"* 28
Doña Mari Enelia Tocarema: *"Aquí asustan más los vivos que los muertos"* 33
Don Reinaldo Aguiar Lozano: *"Hay que tenerles más miedo a los vivos…"* 37
Don Tobías Olaya: *"La violencia nos quitó la paz"* 40

Parte II. MEMORIAS INDÍGENAS
Las luchas por la recuperación de Ima, la Madre tierra Pijao, en San Antonio de Calarma 44

"Recuperar es armonizar la Madre tierra". Resguardo Indígena San Antonio de Calarma Pueblo Pijao 45
"¡Somos dueños ancestrales de estas tierras!". Parcialidad de Palmira Alta 60

Parte III. OTROS OLVIDOS, OTRAS MEMORIAS
Personajes, espacios y reflexiones a propósito de San Antonio de Calarma 78

Germán Guzmán Campos, pionero de la sociología rural en Colombia. Néstor Camilo Garzón Fonseca y Fernando Torres Millán. 79

Una huella en la historia sanantoniana. Neyi Lorena Ramírez Ome. 83

Epílogo. *"Callar es una forma de testimoniar". Diálogo con Alejandro Castillejo Cuellar, ex comisionado de la Comisión de la Verdad.* Andrés Felipe Ortiz Gordillo 85

PRESENTACIÓN

Memorias mayores:
Cuando aparece la memoria se espanta el olvido

Andrés Felipe Ortiz Gordillo, editor

Cuenta la mayora Mari Enelia que por el puente que lleva a la vereda La Quinta, aquí en San Antonio de Calarma, Tolima, a la media noche se aparece de vez en cuando un hombre grande, vestido de negro, montado en su caballo. Y recuerdan otros mayores que cuando llega la madrugada, se le ve al caballo sin rumbo, como si anduviera perdido, como si estuviera buscando a aquel hombre que unas horas antes lo montaba. También se aparecen ánimas en pena que, según dice don Reinaldo, siempre nos acompañan, aunque no las veamos. Como cuando un día estaba el padre de Mari Enelia acostado en la cama de su finca cafetera y sintió que un ánima le jaló las patas. «Ustedes pueden pensar que esos son cuentos fantásticos», nos decía la mayora en alguna de las tertulias que tuvimos en estos meses y que dieron origen a este libro, «pero yo no soy mentirosa».

La verdad es que por aquí han pasado cosas que espantan más que los hombres sin cabeza o las mujeres solitarias que caminan a media noche por el puente de La Quinta y otros lugares del municipio. Cosas como que el Frente 21 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo (FARC-EP) se llevó y masacró a seis personas en agosto de 1999. O como cuando esa guerrilla atacó el pueblo en dos oportunidades en menos de dos meses, por allá iniciando el año 2001. Quienes vivieron las "tomas guerrilleras" tienen todavía esos días fresquitos en la memoria. La primera incursión, con cilindros bomba y metralla, fue el 24 de febrero; duró como ocho horas y dejó en el piso la alcaldía, el cuartel de la policía, la Caja Agraria, como diez casas vecinas y la casa cural. Unos días después, el 2 de abril, volvieron otros 200 guerrilleros "y acabaron hasta con el nido de la perra", según recuerdan los abuelos y abuelas.

San Antonio es un municipio pequeño que queda sobre la Serranía de Calarma, en el suroccidente del departamento del Tolima (Colombia). Es un pueblo cafetero, por lo que la población es mayoritariamente campesina, aunque en el territorio todavía se encuentra población indígena del pueblo Pijao. Los mayores reconocen que antes de la invasión española todos estos eran territorios indígenas. Don Pacho Covaleda y el mayor Pijao Luis Alberto Hernández explican que la Serranía de Calarma se llama así en honor al Cacique Calarcá, quien comandó la resistencia Pijao contra la invasión ibérica de estas tierras en el siglo XVII. Es por eso que en el parque principal, en la cúspide de un monumento conmemorativo del centenario de fundación de San Antonio (1915) y que lleva por nombre "Raíces de mi pueblo", aparece la figura del Cacique Calarcá, lanza en mano, mirando al padre Ta, el sol Pijao.

Fernando Torres, amigo investigador y uno de los autores de este libro, decía en una visita al municipio que los monumentos del parque central de San Antonio condensan algunos de los momentos más significativos de la historia nacional. Ahí

está el Cacique Calarcá haciendo presencia por los habitantes originarios del territorio. En representación de la conquista y la colonia europeas, en un costado se encuentra la iglesia católica y en otro un busto de San Antonio de Padua, el santo de las causas perdidas, que vela por los solteros y protege a los hijos. Por la república se encuentra el busto del libertador Simón Bolívar y, en la base del monumento al centenario de fundación del municipio, una familia campesina con los artefactos y jumentos característicos del cultivo del café, que es la base de la economía local.

En una esquina del parque se encuentra la Alcaldía Municipal, donde se ubica la Biblioteca Pública Municipal Germán Guzmán Campos. Pocos sanantoniamos conocen a Germán Guzmán, uno de los pioneros de la sociología en Colombia, iniciador de los estudios sobre La Violencia junto con Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. Ahí, en esa biblioteca, nos encontramos algunos martes entre abril y julio de 2022, para conversar con un grupo de abuelos y abuelas que participaban de una tertulia organizada por Lorena, la bibliotecaria. Fue en ese espacio donde se nos ocurrió hacer un libro, intentando recopilar algunas memorias populares, campesinas e indígenas sobre el municipio.

Al inicio fue una charla abierta, sin una ruta temática definida, pero como en la conversa había siempre dos temas recurrentes, decidimos orientar el libro hacia esos focos de la memoria: los espantos del más allá y los del más acá. Es decir, los llamados "mitos y leyendas" populares, que, como dice la mayora Mari Enelia "son de verdad, yo no soy mentirosa", y los acontecimientos de violencia vividos por las comunidades del territorio en el marco del conflicto armado interno. No es que hubiésemos definido previamente enfocar el libro en esas temáticas. Es que era eso lo que recordaban los abuelos y las abuelas cuando preguntamos por las memorias significativas del municipio. Estas son, por supuesto, unas memorias incompletas, focalizadas en recuerdos individuales. Pero no por eso dejan de ser valiosas a la hora de indagar por los imaginarios construidos por los mayores y las mayoras sobre el territorio que habitan, los cuales han estado mediados por espantos de todas las pelambres, porque mientras al papá de la señora Mari Enelia un espíritu le jalaba los pies, a don José María *los autodefensas* le dieron machete y le pegaron un poco de tiros por no querer juntarse con ellos.

Por supuesto que esto no es lo único que ha pasado por aquí. Sobre todo en los últimos años, luego del proceso de paz y la reintegración de los combatientes de las FARC-EP, la tranquilidad ha vuelto al pueblo, "ya hasta se puede hablar de lo que pasó en las épocas de la violencia", dice don Pacho. Y sí, de eso hemos estado hablando y escribiendo con los mayores y las mayoras sanantonianos, porque en estos territorios, como muchos otros en Colombia, la vida de la gente ha estado mediada por

la violencia, desde los años de las disputas fratricidas entre liberales y conservadores, luego con el nacimiento de las FARC en la década de 1960, donde se inicia un largo ciclo de violencias incitadas por la insurgencia, el paramilitarismo a través del Bloque Tolima de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), los terratenientes que expulsaron y despojaron a múltiples comunidades campesinas e indígenas de sus territorios, todo esto influido por la presencia perturbadora del narcotráfico que generó sus propios muertos.

Toda esta violencia ha dejado en el municipio profundas huellas. Según el Registro Único de Víctimas de la Unidad para las Víctimas, entre los años 1985 y 2022 (a septiembre) se cuentan en San Antonio un total de 14.211[1] víctimas reconocidas en el marco de la Ley 1448 de 2011 (Ley de víctimas y restitución de tierras). El desplazamiento forzado (13.076 víctimas), el homicidio (1.000 víctimas), la amenaza (759 víctimas), la pérdida de bienes muebles o inmuebles (431 víctimas) y los actos terroristas (104 víctimas) son los hechos victimizantes que mayor impacto han tenido en la comunidad.

No es que este libro pretenda situarse estratégicamente en el dramático contexto de la violencia. De hecho, a pesar de la incidencia que la violencia ha tenido sobre la vida de los sanantonianos, a la hora de contar sus historias algunos prefirieron darles prioridad a otros temas, a otros espantos. Pero un asunto sí era claro desde el principio, con este libro pretendíamos hacer un aporte, modesto y sincero, a las discusiones que desde hace una década se vienen dando en Colombia sobre la verdad, la reconciliación y la paz, con fines de no repetición. No es pretensión del libro presentar un tratado académico sobre estos temas. Es, más bien, la compilación de algunas pocas, incompletas y fragmentarias memorias de mayores y mayoras sanantonianas que, desde sus experiencias de vida, revelan las incidencias de los espantos del más allá y del más acá en sus vidas cotidianas, ya sea porque han padecido agresiones y destierros o, como en el caso de los pueblos indígenas, porque han enfrentado olvidos, discriminaciones y usurpaciones históricas.

Mostrarse o desaparecerse

Sobre la manera como está presentada la información en este libro, consideramos pertinente hacer algunas aclaraciones. El libro está dividido en tres partes. En la primera se presentan las historias de los abuelos y las abuelas campesinos que participaron de unas tertulias en la biblioteca. En la segunda, se presentan dos

[1] Este es el total de las "víctimas de ocurrencia" relacionadas por la Unidad para las Víctimas. El total de hechos victimizantes registrados sobre esta población es de 15.525, con lo cual se entiende hay personas que fueron reconocidas como víctimas de varios hechos victimizantes.

crónicas sobre procesos territoriales del pueblo Pijao en San Antonio de Calarma. Y en la tercera parte se compilan textos que dan cuenta de personajes y procesos que consideramos claves para la memoria sanantoniana.

Para el caso de la primera parte, pensamos inicialmente que las historias de los mayores y las mayoras se podrían traducir replicando el espacio colectivo de conversación en el que habían surgido los relatos. Se trataba de trasladar al texto la tertulia de los martes en la tarde en la biblioteca municipal de San Antonio alrededor de un café. Pero se hizo difícil. Como que en la escritura destacaba más la historia personal, el relato íntimo, donde el narrador poseedor de la memoria adquiría una importancia central, más allá del colectivo.

En una primera versión de estos textos se evidenciaba que tan importante era lo que se decía como quién lo decía, a pesar de que se había pensado, inicialmente, en re-crear relatos más "anónimos", donde los narradores se refundieran en un diálogo colectivo, sobre todo pensando en los temas relacionados con expresiones de violencia. Pero en el camino se evidenció la dificultad de "desaparecer" a los contadores de las historias, de despersonalizar el relato. Así que se decidió, en una segunda versión, construir relatos individuales, a modo de micro historias de vida, para sacar un poco del anonimato a cada persona-je.

Para el caso de la segunda parte, que corresponde a las narrativas Pijao, el asunto fue diferente, casi que inverso. Aquí más que privilegiar a los testimoniantes, se le dio prioridad a la memoria colectiva de los procesos de recuperación de Ima, la Madre tierra Pijao, que se han gestado en territorio sanantoniano en las últimas décadas. Hay ocho comunidades Pijao en el municipio de San Antonio: Resguardo Indígena San Antonio de Calarma (RISC), Palmira Alta, Cacique Calarcá, La Unión, Cacique Yaima, Vino Llanogrande, Pijao de Oro y Brisas del Cucuana. Frente a la imposibilidad de indagar las memorias de todas para este libro, se asumió como criterio editorial consultar a las dos que tienen proceso de ocupación y tenencia, por las vías de hecho, de los territorios que se reclaman como ancestrales.

Para el caso del RISC, la historia que se presenta es un compendio de múltiples voces de mayoras, mayores y otros líderes con quienes, desde hace unos cinco años, venimos recuperando la palabra y la memoria a través de una metodología que llamamos "diálogos testimoniales". El trabajo de recopilación de la información, la escritura, revisión y ajuste colectivo estuvo a cargo del grupo de Investigación y Educomunicación del resguardo "Tejiendo pensamiento Pijao", desde el cual se vienen creando diferentes producciones para reivindicar los procesos históricos del pueblo Pijao en la región. En particular esta crónica fue escrita con el apoyo editorial

del medio de comunicación independiente Agenda Propia, para una serie de periodística intercultural llamada "Caminos por la Pachamama ¡Comunidades andinas en reexistencia!", que pueden encontrar en internet.

Por su parte, la crónica de la parcialidad Pijao de Palmira Alta fue escrita a partir de la memoria y la voz de uno de sus líderes. Se debe entender, entonces, como la primera versión de una historia que es mucho más amplia, compleja y plural.

En la tercera parte, que titulamos como "otros olvidos, otras memorias", presentamos una corta biografía del sacerdote y sociólogo Germán Guzmán Campos, uno de los pioneros de la sociología rural colombiana, quien nació en territorio sanantoniano –hasta donde se sabe, en la vereda El Jardín–. Este es un aporte de los amigos Fernando Torres y Néstor Camilo Garzón, reconocidos investigadores populares comprometidos con las causas sociales, quienes vienen estudiando desde hace años la incidencia de los curas de la Teología de la Liberación en Colombia y nuestrAmérica. Este texto es un aporte importante para la reivindicación de un personaje que contribuyó grandemente en los estudios sobre la violencia y sobre los mundos rurales en nuestrAmérica.

En esta tercera parte también encontramos un corto texto de Lorena Ramírez, la bibliotecaria municipal, donde nos cuenta sobre su trabajo con los mayores y las mayoras del municipio en torno al espacio de "café y tertulia". Y cerramos con una entrevista realizada al profesor Alejandro Castillejo Cuellar, ex comisionado de la Comisión de la Verdad, quien desde su experiencia como investigador nos habla sobre la importancia del testimonio para sociedades que, como la nuestra, se encuentran inmersas en contextos de violencia y andan en búsqueda de la paz.

¡Vamos a hacer un libro!

En términos generales, este libro es resultado de un proceso de oralidad. Eso quiere decir que buena parte de lo que ustedes están leyendo fue primero contado. Y quizás por eso mismo este no es un libro con pretensiones académicas o científicas, aunque en ocasiones intente adquirir ese tono. Es, más bien, un libro de historias, de vivencias, de experiencias. Eso no quiere decir que no intentemos explicar cosas; lo que pasa es que intentamos que las explicaciones no subordinen a los relatos o, si se quiere, se propone entender que en la historia misma está la explicación de aquello que se cuenta, y que quizás como lectores tenemos que aportar algunos elementos del contexto para poder entender los testimonios en toda su dimensión.

Hay algunos pocos momentos en los que, consideramos, debía insertarse alguna explicación sobre la situación o el contexto de la historia, y para no interrumpir

las narraciones se decidió colocar esa información en notas al pie de página, por si a alguien le interesan. También se encontrarán algunas “notas editoriales” en las que se aclaran cuestiones relacionadas con algunos de los textos que hacen parte del libro.

En el caso de la primera parte, donde se ubican las voces de mayores y mayoras campesinas, hay algunos textos cortos. Esto se debe a que los mayores y las mayoras conversaron cada uno a su modo, en sus propios términos y con sus propios ritmos y tiempos, cuestión que intentamos traducir tanto en los textos como en las fotografías presentadas. Es decir, aquí hablan tanto los textos como las imágenes de los abuelos y las abuelas participantes.

Finalmente declarar algunas intensiones con este tipo de publicaciones que llamamos comunitarios, populares y autogestionadas. Con ellas se pretende disputar un espacio en el debate público, reivindicar las voces populares frente a aquellos que se han tomado como propio el derecho de contar públicamente las cosas que nos pasan a todos. Como que hay voces que quieren hablar más duro o que se consideran más importantes que las de otros. Y, pues, ¿cómo así?, si por aquí hay mucha gente que tiene hartas cosas que contar, y aunque tienen su propia voz como que la han despojado de los medios para contar públicamente, así como los han despojado de la tierra, de Ima. Y entonces, un día tertuliando con los abuelos y con los mayores y las mayoras indígenas nos preguntábamos por qué no podíamos nosotros también hacer un libro, como si los campesinos y los indígenas de estas montañas no pudieran hacer libros. No porque la voz no sea válida, ni más faltaba. Es, sobre todo, una respuesta a esa idea de que los libros solo los hacen personas muy inteligentes y muy ilustradas y muy sabiondas. Entonces nos dijimos, ¡pues por aquí también somos bien inteligentes y bien sabiondos, a nuestra manera, así que vamos a hacer un libro, qué carajos! Y aquí está. Y bien bonito que quedó.

Karey karey.

PARTE UNO

MEMORIAS CAMPESINAS

Entre los espantos del más allá y del más acá

“No tengo plata, pero tengo vida y amistades”

Relato de don Rosalino Cruz

Tengo el gusto de dialogarles mi historia desde mi niñez. Yo fui criado en las últimas fincas de Tetuán. En el núcleo familiar mío éramos siete y ahora solo sobrevivo yo, los otros ya murieron. Nosotros sufrimos una tremenda situación desde muy niños, nos quemaron la casa donde nacimos. Mis papás –mi mamá, prácticamente– por librarnos de esa vida nos sacó y dejó eso allá abandonado. Pero yo me conozco de memoria los linderos de lo que era la pertenencia de mi mamá. Fue por la misma familia que nos tocó abandonar eso. Sufrimos las consecuencias de la violencia, de la ignorancia, de la envidia. La misma familia nos quemó la casa, nos desalojaron y se adueñaron de eso.

Le doy gracias a Dios que yo, en la edad que tengo, no tengo nada. Fui muy andariego en mi juventud y no tengo sino amistades por donde yo he estado, porque yo me he dado la buena vida. Yo no me he metido en nada de problemas con nadie. No tengo plata, pero tengo vida y tengo amistades.

Llegado acá a San Antonio me tocó volver a las reservas militares; estuve dos años por allá en el monte y después ya salí definitivamente. Aquí en San Antonio encontré una compañera e hice un hogar. No todo el tiempo lo tuve feliz, porque uno no tiene que ser vanidoso en la vida, pero sí tuve momentos felices y ya por cosas del destino la familia toda se ausentó, se fueron, están cumpliendo con sus compromisos y es respetable también. Uno no puede decir "es que la familia, me olvidó". No. Yo en ese sentido no tengo ningún resentimiento con la familia.

Yo pasé por esa etapa de la vida en la que la familia se fue pa' Bogotá, por el asunto de la violencia también, porque aquí en San Antonio hace unos años estuvo la situación muy pero muy difícil. Entonces la familia decidió irse a buscar tranquilidad y a buscar trabajo en otros lados. Por ahí cada cuatro años iba a visitarlos, pero yo seguí acá en San Antonio, mirando que el joven siempre tira es pa' la ciudad y el campo se está quedando pa' los ancianos. Pero es que el joven no tiene oportunidades en el campo, y si no hay amparo pal' campo y para su gente, pues esto va por malos pasos.

Los hijos se fueron buscando condiciones para defenderse en la vida. La hija mayor se fue pa' España y nos dejó una casa aquí en el pueblo pa' que viviéramos los dos ahí. El caso es que algunos se fueron pa' la ciudad buscando oportunidades, y yo seguí en la finquita que Dios me socorrió, que fue donde yo levanté la familia, allá en la vereda Carrasposo. Y yo siempre me sentí feliz ahí, porque Dios me socorrió con qué levantarme.

Sobre eso que ustedes están hablando de las apariciones y los espíritus que uno se encuentra en el camino, a mí me preocupa encontrar gente que dice que el diablo

no existe. Con el respeto que ustedes se merecen y con todo lo que he escuchado, yo quería decir que el diablo hoy día está muy tranquilo y ya casi no hace esas cosas que ustedes cuentan, porque él ya tiene el triunfo. Ya es un triunfo que alguien diga que él no existe, porque cuando algo no existe, cierto que ya se olvida y entonces a él le queda más fácil trabajar.

Yo lo que creo es que tenemos que ponerle más cuidado, recordar que él está ahí presente, porque ese es el que le dice a los violentos lo que tienen que hacer. Y eso no lo podemos olvidar, para no repetir las historias de violencia que nosotros ya vivimos en una época. Solo les quería recordar eso.

“Que me maten, pero no hago eso”

Relato de don José María Alape

Estoy en San Antonio porque soy desplazado de Ataco, Tolima. Cuando nos desplazaron, la guerrilla nos tuvo un tiempo en Campo Hermoso, más arriba de Santiago Pérez, en un comando que le decían Tijerete. Eso fue cuando estaba el finao Tirofijo por esos lados. A nosotros nos llevaron allá, luego nos sacaron y nos fueron llevando para arriba hasta que llegamos al pie de Planadas, y por allá nos dejaron botados.

En Ataco yo pude estar hasta 1985, porque yo no quise unirme a *los autodefensas*. Me dijeron que me fuera con ellos, que ellos me daban armas para que yo los acompañara: «bueno, usted tiene que hacer aquí lo que se le ordene. Puede ser su papá al que haiga que matar y uste lo tiene que matar; si es un hermano suyo, hay que matarlo; puede ser el mejor amigo, y hay que matarlo». Yo les dije que no, que con ellos no me iba porque yo no era capaz de hacer eso que me estaban pidiendo. «Si usted no lo hace, se va o se muere o nos acompaña». Y yo les dije: «Prefiero morirme, que me maten, pero yo no lo hago y no lo hago». «Usted no comprende las cosas», me dijeron. «Es que yo no soy pendejo, yo no lo hago porque yo tengo mucho amigo», les contesté.

Por no irme con ellos, con los autodesfensas, me pasó lo que me pasó. Una vez salí a mercadear a una vereda que llama El Paujil, un caserío. Llegué ahí a comprar una remesita porque tenía una huerta de maíz para cogerla esa semana. Me faltaba solo una libra de manteca para yo comprarla, me fui y la pedí en otra tienda porque donde había comprado la otra remesa no había: "Señora Celia, ¿tiene manteca?" "Sí, sí hay", me respondió. "Páseme una libra…", le dije. Estando en esas, un tipo –un comandante de los autodefensas– que yo había visto en el camino se me acercó por detrás y me dijo: «José, quiero decirle una cosa». A lo que yo voltié me mandó el primer machetazo y me cortó estos dos dedos, este dedito me quedó colgao y este también. Y me manda otro machetazo que me pegó aquí en la cabeza. Y saca el revolver y me quema tres tiros. Acá tengo la bala en la pierna y el otro tiro me lo pegó aquí en la cara, cruzado aquí el cachete. Todavía tengo la bala ahí y me duele como si tuviera un chuzo en la vista. El tercer tiro era el que iba a acabar conmigo, pero le tiró al aire.

Una muchacha se fue a avisarle a mi hermano: «Mire que están matando a José». En ese momento el hermano de ella salió y me pasó una peinilla. El asesino ese guardó el revolver y se me vino otra vez con la peinilla. Cuando él me mandó el machetazo, yo le mandé mi peinilla así de pa'rriba y le corté la mano. Él sale corriendo y yo me quedé que no me podía ni mover.

Todo eso fue porque yo no los acompañé a los paramilitares. De ahí siguieron persiguiéndome y después, para 1985, volvieron a la zona y me pegaron un tiro acá en

la nalga derecha y otro acá en la espalda. Igual yo dije: “yo aquí me estoy, yo no me voy”, pero unos amigos me dijeron: “no se haga matar, váyase, porque mi Dios está en todas partes”. Me fui para Ríoblanco, solo. Y una noche me devolví a recoger a la esposa que había dejado por allá en un ranchito en El Paujil, de Monteloro hacia arriba, ahí al piecito de Planadas.

Nos fuimos para Puerto Saldaña y allá también me cayeron, que tenía que ir a verme con ellos, sino que me mataban. Cuando me llegaron yo ya estaba en Chaparral, donde me puse a trabajar en La Siberia, después de haber bregao en una parte y en otra. Un día sábado, yendo para la casita donde tenía a mi esposa, llevaba yo una comidita, un costaladito, cuando oí un tiro. Yo miré para todos lados y no vi a ninguno. Seguí caminando, cuando pegaron el otro tiro. Yo no alcancé ni a botar el costal sino se me dio por hacerme detrás de un palo donde quedó el otro tiro.

De ahí en adelante me quedé con esa sensación de que me seguían buscando, como con una zozobra. Un día estaba donde mi cuñada llamada Epifanía y le conté que andaba con esa ansiedad. Ella me dijo que comiera y que me acostara, y así fue; pero como a las ocho de la noche me dieron esos deseos de irme. Y me fui. En el camino miré unas luces. Yo pensé que era el doctor, el dueño de la finca, que estaba mirando el ganado o algo, y me fui.

Como llevaba camisa y sombrero blancos me los quité, cuando veo que comienzan a salir linternas del rastrojo. Yo enseguida me devolví, me bajé por un desecho y cogí por la quebrada arriba para salir a la casa de la finadita Epifanía. Después de todo eso, un muchacho me dijo: «a usted lo estaban puestiando, a mí me preguntaron que usted por dónde pasaba y yo les dije que no sabía». Me tocó refundirme y después de pasar por todo eso, un día llegué a San Antonio de Calarma en el año 1999, porque aquí vivía un yerno mío. Y aquí me quedé.

“Hay gente tan mala que ni el diablo se las lleva”

Relato de doña Damiana Guevara

Soy del municipio de Ortega. Me vine hace muchos años para San Antonio. Toda mi niñez fue un sufrimiento, porque en ese tiempo se enojaban conservadores con liberales y los liberales con los conservadores. En esa época tocaban un cuerno para avisarle a las veredas que se cruzaba por allá la chusma. Mi mamá nos cogía a media noche y nos metía en una cueva, porque ellos no pasaban por el monte, solamente por los caminos. Eran los hombres los se quedaban al pie del camino, poniéndole cuidado a qué hora bajaban los chusmeros.

En ese tiempo el que mandaba era don Ernesto[2]. Mi papá tenía un amigo, un vecino, Sergio, y a él lo perseguían mucho para matarlo, pero nada que podían. Una vez le dijo don Ernesto a mi papá que necesitaba la cabeza de Sergio, que tenía que matarlo y pasarle la cabeza. Mi papá no quiso, porque ese vecino nunca le había hecho mal a él.

A Sergio le tocaba dormir fuera de la casa, porque allá le llegaban para matarlo. Mi papá de ver que el vecino no podía dormir en su casa, le hizo un gran favor. En ese tiempo se usaba tener en la casa los llamados zarzos; mi papá le acomodó a Sergio una camita para que se quedara en el zarzo de la casa y no corriera peligro. Sergio llegaba siempre a las cinco de la tarde, y como uno ya sabía, entonces le llevábamos comidita y él se subía para el zarzo a descansar y a esconderse.

Solo nos dábamos cuenta que él dormía allá porque por ahí cada tres días llegaba ese señor, don Ernesto, y le preguntaba a mi papá que dónde estaba Sergio, que necesitaba la cabeza, y mi papá siempre le respondía lo mismo, que él no lo hacía. Fue ahí cuando don Ernesto amenazó a mi papá y le dijo que como no aparecía con la cabeza del vecino, entonces lo iba a matar a él.

Eso eran amenazas que iban y venían, hasta que un día mi papá iba con las cargas de café para la inspección de Buenos Aires, allá en Ortega, y se cruzó con el bravucón de Ernesto, que empezó otra vez a amenazarlo. De una trompada mi papá lo bajó del caballo y le dio duro. Desde ese día Ernesto le dijo a mi papá que no se volvía a meter con él. Es que mi papá no peleaba con armas sino a pura mano limpia. Pero el vecino, Sergio, a ese sí le tocó salir huyendo de Ortega. Dejó la finquita botada y como a los tres años de haberse ido nos enteramos que murió.

Para mí los últimos tiempos felices fueron en el año 2012, cuando se lanzó el señor Luis F. para alcalde y ganó. Todos esos cuatro años fueron buenos para mí, porque me dieron la mano cuando perdí a mi hijo. Fueron tiempos difíciles. Para mí

[2] Los nombres de esta parte del relato fueron cambiados, para salvaguardar la identidad de los personajes y su relación con temas de violencia vinculados con el conflicto armado interno.

la felicidad era ver estudiar a los hijos y salir adelante. Y ahora en estos tiempos, soy feliz cuando nos reunimos con todos los abuelitos y pasamos momentos divertidos, aunque siguen siendo momentos difíciles, porque por aquí hubo mucha violencia, y aunque eso ya se regeneró, el diablo sigue dominado a la gente. ¿Sí o no?

Ya la gente se tiró a la pernicia, a la droga, a lo que quiera hacer. Eso ya no les interesa nada. Es que hay gente tan mala en este mundo que ya ni el diablo se los quiere llevar. En el tiempo de antes, a los que la embarraban se los cargaba el patas. Aquí hubo uno que el diablo lo sacó de la tumba y se lo cargó, don 'Joselito'[3], el marido de 'Estrella', a él se lo sonsacó el diablo.

[3] Nombres cambiados.

“Me trajeron cuando yo estaba pequeño”

Relato de don José Yate Ducuara

Cuando me trajeron aquí para San Antonio yo como estaba pequeño no me acuerdo mucho. Dios bendito me tiene acá y aquí estoy. Yo no me meto con ninguno, pues solo tengo amigos. Como cuando me trajeron a San Antonio yo estaba pequeño, y mi mamá me decía que en cualquier momento nos tocaba salir porque como que había mucha violencia, y pues a uno de pequeño le toca hacer caso. Pero yo estaba muy pequeño y casi no me acuerdo.

“Aquí hemos hecho nuestra vida hasta ahora”

Relato de don Luis Carlos Aguiar

Fui criado en Florida, Valle del Cauca, pero terminé acá en San Antonio, Tolima. Cuando estaba en el Valle, yo en ese tiempo tenía una edad de 15 años; a mi mamá le tocó sacarnos de por allá de esa ciudad muy pequeños por miedo de la chusma, porque o nos mataban a nosotros o mataban a mi mamá.

Cuando nos tocó irnos del pueblo, eso no fue sino que mi mamá cogiera una mula y nos metiera en un cajón, como para camuflarnos. Nosotros íbamos ahí metidos con un hermano, Carlos Arturo, que ahora está en Bogotá. Ella nos llevó en esa mula y por allá le salió la chusma en el camino. Le preguntaron a mi mamá que pa' dónde íbamos, y como nosotros veníamos para el Tolima, entonces nos dijeron que siguiéramos el camino.

Mamá siguió con nosotros hasta un punto que se llama "Zanja honda". En esa región nos dejaron quedar la noche y por la mañana nos vinimos pa'cá a San Antonio, porque aquí teníamos familiares, los hermanos míos de otro matrimonio de papá. Ese fue el motivo de nosotros venir pa'cá pa' San Antonio. Y aquí hemos hecho nuestra vida hasta ahora.

“Las historias se escriben desde el recuerdo”

Relato de don Francisco Covaleda

Nací en San Antonio el 11 de diciembre de 1951. Yo tuve una vida afortunada. A los 20 años me fui del municipio y volví a los 70. Estuve 50 años por fuera, pero nunca abandoné mi Pueblo. Siempre mi deseo fue regresar. Este proceso de memoria que viene haciendo el grupo es importante para el municipio. Hay que recordar que cada persona que escribe, escribe la historia a su manera, la cuenta a su gusto, la cuenta desde la visión que tiene del momento. Todos hemos experimentado historias, y si las miramos bien, cada uno tiene un punto de vista distinto de lo que pasó, cada uno ha visto las historias de manera diferente. Me parece que uno debe guardar es eso, la historia contada. Los pueblos no pueden abandonar su oralidad, porque si bien los colombianos somos perezosos para leer, sí nos gusta mucho conversar y escuchar nuestras historias, y mucho mejor si están acompañadas con unos tintos o unos tragos de licor.

Aquí se vive mucho eso. Yo no sé si ustedes han visto que cuando la gente llega a tomarse un café, muchas veces empiezan a contar historias del tiempo de la guerrilla, de lo que pasó, y ya lo hablan más tranquilos, hablan de los que mataron porque robaban o hacían maldades, de los que mataron por inocentes, de los que dieron quejas y entonces los mataron. Esas historias no se escriben tal cual como pasaron, sino desde el recuerdo.

Son muchas las vivencias que hay que rescatar por medio de la oralidad. Por ejemplo, la cocina. Yo me acuerdo que mi mamá hacía la parva. Esos sabores no se encuentran ahora, todo es industrializado. Ese pan que hacían en casa era único, era especial. Yo tengo en la memoria unos sabores que nunca en la vida los volví a encontrar, pero que siempre recuerdo. Me acuerdo también que por allá en la vereda Carrasposo vivía una señora que vendía dulces de cidra; ella los envolvía en hojas de plátano y eso le daba un sabor único. Yo recorrí mucho el mundo, y ese sabor no se me olvida, pero no lo he encontrado otra vez en ninguna parte.

Aunque ya no hay heridas, quedan cicatrices

Al principio San Antonio era un pueblo liberal. El 80% de las personas eran liberales y el 20% eran conservadores. Se vino el proceso de la muerte de Gaitán, y entonces a los conservadores los fueron sacando de los sitios liberales y los iban a amontonando aquí en San Antonio. Cuentan que el 11 de noviembre de 1949 los conservadores se rebelaron y sacaron corriendo a los liberales de acá y se quedaron con todo. Fue un desplazamiento a la fuerza de los liberales por parte de los conservadores, y por eso es que San Antonio se convirtió en un pueblo conservador. Fíjese como es que funcionó la violencia por aquí, porque en ese momento hubo una

afectación hacia la gente liberal, cuyo único pecado era ser liberales, pero era gente buena, y solo por eso los sacaron y los echaron de su terruño.

Entonces, el conservador se quedó con todo, con las tierras, con los negocios. Por ejemplo, el negocio que queda ahí en la esquina del señor Campos, la ferretería, a ese señor lo sacaron de aquí de San Antonio a la fuerza. Él volvió muchos años después, y consiguió ubicarse nuevamente en esa misma casa de donde lo habían desplazado. Eso no se puede olvidar. Y aunque ya no hay heridas, quedan cicatrices. Esas historias ya se pueden contar y es bueno que los muchachos, los más jóvenes, oigan y sepan lo que pasó: ¿qué pasó con esa gente?, ¿qué pasó con esa familia?, ¿qué fue de ellos luego de que los sacaron? Son muchas historias que tenemos que rescatar, porque de aquí salió gente que era prestante económicamente, y les tocó llegar a otro pueblo a aguantar hambre. Casi todos los que salieron de San Antonio corrieron hacia el sur, hacia Chaparral, Planadas, Río Blanco.

Es que ese tema de la memoria, de los recuerdos, es muy importante para el municipio. Creo que son pocos los trabajos que se han hecho de ese tipo. Por ahí el profesor Oliverio Rodríguez es de los pocos que ha trabajado las historias de la comunidad. Y por eso son importantes los encuentros con los abuelos y abuelas, para conocer nuestra historia. Por ejemplo, aunque mis hijas no nacieron acá en San Antonio yo les meto en la cabeza eso de no olvidar las raíces, porque uno no es solo, tiene su historia familiar. Yo me pregunto qué pasó con mis papás antes de estar aquí en este municipio, por qué llegaron a San Antonio, por qué aquí no hay más Covaledas. Yo soy el único Covaleda en estas tierras.

Eran otras épocas. Era muy normal que a las seis de la tarde toda la gente estuviera alrededor del fogón, hablando, contándose lo que había pasado en el día. Pero eso se ha ido perdiendo y no se puede dejar perder, porque se pierde la identidad que tenemos. Es que, así como nos quitaron el oro y los tesoros desde la invasión española, también perdimos la identidad indígena, la historia de los caciques, de los Mohanes.

San Antonio de Calarma se llama así en honor al cacique Calarcá

Este es un municipio con mucha tradición indígena. Por aquí los mitos y las leyendas son muy comunes, así como lo cuentan los otros abuelos. Es que la presencia de los indúgenas Pijaos es un aspecto importante de esta región. Hay muchas leyendas, pero quizás la más importante es la del mohán. En lo que yo sé del origen del Mohán es que era un líder religioso y militar indígena. Ellos eras quienes manejaban las relaciones con lo sobrenatural y las negociaciones de la guerra y de la paz. El poder representado por este personaje al interior de la etnia Pijao se originaba en la

posibilidad de contacto con las fuerzas sobrenaturales, qué eran las que garantizaban la sobrevivencia cultural, económica y social de esta comunidad. Por eso los Mohanes eran elegidos por los ancianos de mayor edad entre los guerreros más sobresalientes, sin importar su descendencia familiar –como Calarcá o Baltasar–, y se mantenían mientras su poder sobrenatural y de liderazgo estuviera vigente.

El Mohán no necesariamente era masculino; hubo mujeres Mohanas es como Dulima (también conocida como Túlima o Yúlima, según entiendo). Con el tiempo, la figura del Mohán se trasladó a la tradición oral y poco a poco se fue convirtiendo en un personaje mítico. Por eso al Mohán se le atribuyen acciones como que se llevaba a las mujeres bonitas del Tolima, conquistándolas con su enorme tabaco. Y es en la tradición oral que este mito se ha vuelto, para algunos, casi una realidad. Yo la verdad no creo mucho en la existencia mítica de los Mohanes como los cuenta la gente ahora. Pero sí creo que fueron líderes y guerreros que lucharon contra los españoles, y que contaban con cualidades especiales. Por ejemplo, Calarcá, que fue uno de los caciques Pijaos más poderosos de su época. Dicen que sus tierras empezaban en el Quindío, entre Calarcá y los límites con Pereira donde vivían los Quimbayas, grandes orfebres, y que sus dominios en el sur terminaban en el Huila, y por el norte iban hasta Mariquita.

Cuentan que esta Serranía de Calarma, donde está ubicado el municipio de San Antonio "de Calarma", se llama así en honor al lugar que más le gustaba al Cacique Calarcá, que era esta cordillera. La gente le cambió un poquito el nombre y de «Calarcá» pasó a «Calarmá» y luego a «Calarma». También estaba el Cacique Combeima, que luego hizo pacto con los conquistadores porque se enamoró de una española y se convirtió al catolicismo. En su bautismo católico le colocaron el nombre de Baltazar. Él era un subalterno, como un "subcacique" de Calarcá, y tenía sus territorios en el Tolima, por el valle del río Combeima. Entiendo que era quien gobernaba o manejaba todo lo que era la parte del llano del Combeima.

Estos dos caciques se pelearon y se mataron, porque a pesar de ser de un mismo pueblo, de una misma raza, ese tema de la conversión de Combeima al cristianismo los dividió a muerte. Eso hubo traiciones y todo según cuenta la tradición oral, o sea, según me han contado. Cuentan que un día los españoles convencieron a Baltazar para que se reuniera con Calarcá, para hacerle una emboscada. Baltazar le manda a decir a Calarcá que estaba arrepentido y que iba a volver a ser Pijao, lo cita y termina

matándolo con su lanza. Moribundo, Calarcá se abalanza sobre Baltazar y lo mata con su propia lanza[4].

Es bonito pensar que todos estos territorios eran de dominio de nuestros antepasados indígenas. Nosotros estamos pegados al Quindío, y hoy el Tolima y el Quindío son del mismo corte, porque hacen parte del Eje Cafetero, compuesto por el Quindío, Risaralda, Caldas y el norte y suroccidente del Tolima, lo que es la cordillera. Ese es el Eje Cafetero ahora, pero si miramos la historia de los caciques, nosotros estamos unidos desde tiempos inmemoriales.

[4] Existen otras versiones sobre el enfrentamiento de los caciques Calarcá y Combeima (Baltazar). Todas coinciden en que Combeima, cacique de los Coyaimas, se convierte al catolicismo al contraer matrimonio con una mujer española. Correa (citado por Valencia Zapata, 1963) sostiene que, al sentirse traicionado, Calarcá secuestró y mató al hijo de Baltazar y la española, motivo por el cual el padre ofendido hizo alianzas con Juan de Borja, presidente de la Real Audiencia de Santafé de Bogotá, para reducir a los Pijaos y a Calarcá, su cacique. El encuentro fatal se dio el 1607 y cerca de Chaparral, al sur del Tolima, donde el cacique Calarcá es atravesado por la lanza de Baltazar. Señala esta versión que mientas Calarcá moría, atrapó a su verdugo y lo estranguló.

Otra versión sobre la muerte del cacique Calarcá se encuentra en la crónica “Noticias historiales” de Fray Pedro Simón, donde se cuenta que: “en una acción temeraria, Calarcá lideró junto al cacique Coyara un grupo comando que llegó hasta los aposentos del gobernador Diego de Ospina en el fuerte de San Lorenzo. Cuando estaban a punto de capturar a Ospina irrumpió en su socorro Juan Bioho, un esclavo negro, dándole oportunidad al gobernador de tomar su pistola, disparar y herir a Calarcá, quien fallece cinco días después” (Old Kaos, 2013). Hay otra versión donde se dice que el capitán Diego de Ospina (fundador de la ciudad de Neiva) al enterarse de que Calarcá pretendía atacarlo "con solo treinta hombres, salió del dicho fuerte [de san Lorenzo, en Chaparral] i con una pistola mato al dicho cacique i el i sus soldados a muchos otros indios i prendieron vivos a otros i de los que murieron se pusieron las cavezas en la cerca del dicho fuerte" (Pueblos Originarios, S.f.). Existe incluso la versión de que el cacique Calarcá murió naturalmente.

Es importante tener en cuenta que estas versiones han llegado hasta nuestros días por dos medios: la historia oral y las crónicas de los invasores españoles. Y cada narrador tiene su propia versión intencionada de la historia, favorable al punto de vista de quien las escribe. Así, para los españoles el cacique Calarcá era un asesino bárbaro y antropófago, mientras que Baltazar era un aliado converso. Por su parte, para el pueblo Pijao el cacique Calarcá sigue siendo uno de los guerreros que con más valentía defendió su territorio, su comunidad, sus costumbres y tradiciones de la invasión española, mientras que Baltazar cumple con las condiciones del alevoso traidor.

“Aquí asustan más los vivos que los muertos”

Relato de doña Mari Enelia Tocarema Tangarife

Yo soy propiamente de acá de San Antonio. Vengo de un hogar muy humilde de la vereda La Quinta. Éramos cinco hijos y nuestros padres nos levantaron a todos con mucho esfuerzo. En un tiempo echamos aquí pal pueblo a hacer talleres, cursos y a estudiar. Nosotros escuchábamos lo que mi mamá y mi papá nos contaban de cuando les tocó vivir la violencia por allá por esos lados de La Quinta, cuando de noche les tocaba que sacar a los niños en canastos y salir a correr de los lugares a la hora que fuera.

Yo me acuerdo que los abuelos le contaban a uno el asunto de las guacas. Por ejemplo, de cuando los indios huían de los españoles por estas montañas de Calarma, por el filo de Chaparral. Los abuelos contaban que un día venía el indio Cacique Calarcá —ese que está en el parque—, y dizque traía una cadena de oro muy pesada que tiró a la laguna del Cerro de Calarma. Dicen los abuelos que la cadena está todavía ahí, que es de puro oro, que es muy grande y que nadie la ha podido encontrar, y por eso esa laguna es encantada.

Los mayores explicaban que toda esa zona de Chaparral para arriba, todo ese contorno de Calarma, era comandada por el cacique Calarcá, y hay unas partes que fueron habitadas por los indígenas. Allí en la parte de Loma Larga hay unos túneles que van de por ahí cerca a don Carlos Alarcón y llegan hasta debajo de la escuela de Loma Larga. Todo es fue habitado por ellos. Por eso es que por ahí hay mucha guaca. Yo he visto cosas que arden en el monte y dicen que esos son sitios de guacas. Pero para sacarlas hay que estar preparados. Eso no es que pueda ir a buscar la guaca y listo, la encontró. ¡No!, si usted no está preparada, la guaca se le esconde. Y como que todos esos espantos que uno ve lo que hacen es cuidar las guacas, pero ahí sí quién sabe.

Dicen que cuando hay un tesoro eso es de una persona que ha muerto y está encausada con eso. Cuentan los mayores por aquí en San Antonio que cuando el muerto está encausado con el tesoro, como que está penando, y si llega alguien y lo saca entonces el muerto ya queda libre porque ya no se tiene que preocupar más por eso. Pero luego el que se encausa es el que encontró el tesoro, porque a él le toca quedarse cuidando eso. Entonces por eso a uno le da miedo coger un tesoro.

En el camino me he encontrado con algunos espantos

Por acá son muchas las historias que se cuentan. Algunos las creen y otros no, pero yo misma he vivido algunas de esas historias. Yo les cuento esto porque como mi papá ha tenido toda la vida finca por ahí por La Quinta, yo me venía mucho de la finca pal' pueblo y en el camino me encontraba con algunos espantos. En ese camino hay un puente que le dicen el Puente de la Quinta; por ahí sale un hombre grande que anda de negro y de a caballo, y dicen que en las madrugadas ese caballo va de un lado

para otro, de aquí para allá, como buscando a alguien, como buscando a su dueño. Hay otro al que le dicen «El Caballero de la Noche», un señor también de a caballo que pasa con hartas bestias, como un arriero cuando pasa con la carga. También sale una señora, yo la he visto y no me da miedo. Esa señora tiene vestido negro largo, y sale por ahí a las siete de la noche, coge del puente así de pa'rriba y uno la ve caminar hasta que se pierde. Ahí mismo en ese pedazo también sale un hombre sin cabeza.

Un día el compadre Clemente venía en el carro y en medio del camino un señor y una señora la hicieron la parada y él los recogió. Cuando iban pasando por el puente, al compadre le dio como un miedo y paró. Los pasajeros le decían que parara más adelante. El compadre cuenta que el señor le habló con una voz gruesa que asustaba y le decía que parara más adelante. Mi compadre del susto ni le puso cuidado y arrancó rápido, y cuando revisó ya los pasajeros no estaban. Es que por estas tierras pasan esas cosas, son como los antiguos reclamando su espacio. Ese paso del Puente de La Quinta es terrible. Uno ve mucha cosa ahí. Una noche yo iba subiendo como a las siete de la noche y un carro iba bajando. Al otro día me encontré al señor de acá donde yo trabajaba y me dijo: «Mona, usted qué vio hace ocho días». «Nada, don Gilberto, ¿por qué?», le pregunté. «Es que ahí donde usted estaba iba bajando un hombre sin cabeza», me contestó.

Otro día yo iba para la finca porque estaba mi papá y yo iba a cuidarlo. Los niños se me pegaron ese día, molestaron tanto que al final me los cargué para que fueran conmigo. Yo no sé si no me convenía pasar sola por ese lado. El caso es que nos vinimos ya tardecito y como a las seis y media de la tarde, o casi las siete de la noche, pasamos por el puente. Los muchachitos yo no sé qué fue lo que vieron, pero se me pegaron del pantalón. Yo seguí con el niño y la niña y de pronto se me ocurrió voltear a mirar pa'tras, cuando veo que iba pasando una señora de vestido largo, negro, con el pelo recogido con una moña. Es que allá en la casa paterna de mi papá asustan mucho. Yo me he quedado solita ahí y me he dado cuenta que en esa casa, de Loma Larga para acá, hay un tesoro o algo así. Asustan mucho en esa casa, se oye llorar un niño tarde en la noche, y a veces son hartos muchachitos.

Recuerdo que un día mi papá estaba acostado en una cama ahí en esa casa, y sintió que alguien como que se le asomaba por la puerta. Miró, y era una señora con un velo en la cara que le estaba jalando los pies. Yo estaba en la casa ese mismo día; por ahí a las dos o tres de la tarde estaba lavando la loza en el lavadero que quedaba apartado de la casa, cuando empecé a oír unos ruidos adentro, como que se abrían y se cerraban las puertas. Yo fui a ver qué era lo que pasaba, miré desde la cocina y no había nada, por ahí no estaba ninguno. Como que los espíritus se escondieron cuando yo fui a mirarlos. A ellos no es que les guste mucho que uno los mire, pero están ahí

presentes. Son muchas cosas las que acontecen en esa casa, si les contara todo no acabábamos. Un día una cuñada mía estaba acostada en la cama, así como a esta hora después del almuerzo, cuando sintió que le dieron una palmada en la cara. Otro día mi papá iba pal baño de noche, y cuando iba a entrar escuchó que le dijeron: «¡Está ocupado!». Él dice que era la voz de un hombre grandote. Y eso no es de hace años, eso es de estos días, hace poquito.

Un domingo hace como un año, cuando estábamos todavía con lo de la pandemia, llegué como a las siete de la noche a la casa con el mercado. Mi hijo, que a esa hora iba a subir para la otra finca, me dijo que le preparara la comida que él ya bajaba, que no se demoraba. Yo descargué el mercado y me fui a prender el fogón para hacer la comida cuando suena semejante grito en la cocina. Era la voz de una mujer. Yo como ya estoy acostumbrada, seguí preparando la comida y esperando al hijo que llegara. No es que no me dé miedito, sino que uno se acostumbra. Igual, ¿pa' dónde agarra uno?

A 'Joselito' se lo cargó el diablo

Ustedes pueden pensar que esos son cuentos fantásticos, pero yo no soy mentirosa. Lo que les cuento es porque lo he visto y lo he vivido. Y eso no es solo cosa de espantos. Eso es también cosas de los vivos. Yo un día le pregunté al mismo don Israel, que Dios lo tenga en su gloria: «don Israel, cuénteme un cuento: ¿verdad que a 'Joselito'[5] se lo cargó el diablo?». Él me confirmó que sí, que se lo cargó cuando lo estaban enterrando. Cuando lo estaban pisando con la tierra del cementerio se oía que él golpiaba por un lado, entonces los enterradores pisaban donde estaba el sonido. Y se oían los golpidos por otro lado, y allá cogían a pisarlo para que quedara bien enterrado. Me contaba don Israel que pasaron como tres horas dándole al entierro. Al otro día fue don Israel al cementerio y encontró todo revolcado, como si al difunto se lo hubieran llevado. Y dicen que eso fue cosa del diablo.

Yo cuento esas cosas porque las he vivido, porque mucha gente de por acá del pueblo también las ha visto. Yo creo que es mejor contar esas cosas de los espantos, de los espíritus, que aquellas que pasaron con los otros espantos, con los grupos armados. Esas sí son cosas que no me gustan porque me dan más miedo. Es que por aquí asustan más los vivos que los muertos.

[5] Nombre cambiado.

“Hay que tenerles más miedo a los vivos que a los muertos”

Relato de don Reinaldo Aguiar Lozano

La aventura mía fue esta: una mula me dio una patada en la cabeza. Yo tenía cinco años. Eso fue la víspera de un San Pedro y como mi papá estaba tomando, me llevaron pa' la casa. La herida estaba muy grande, y por eso decidieron echarme pa' Chaparral. Eso fue en tiempos de la violencia. Contaba mi mamá que cuando íbamos viajando para Chaparral eso se veían los ranchitos que ardían, y un poco de muertos a lado y lado del camino. Allá en Chaparral el que me hizo la operación fue el doctor Díaz, eso me sacaba astillitas del hueso con unas pinzas, hasta que logró hacerme la curación.

Después el problema era devolvernos pal pueblo, porque la violencia era mucha y todos corríamos peligro. Contaba una vecina, la señora Rosalbina, que cuando los violentos pasaban por el campo los padres echaban a sus hijos pequeños pa' una montaña, pa' que la gente que llegaba a la casa no los viera y no se los llevaran o no los mataran o para que no violaran a las mujeres. Eso era por lo general de noche que pasaba esa gente por las casas, por las fincas. Ya por la mañanita salían los niños, cuidando que no hubiera nadie extraño en la casa. Gracias a Dios a nosotros nunca nos pasó nada. Lástima que muchos vecinos y amigos no pudieron decir lo mismo.

Ponga un florero de azucenas en mi tumba

Un día eran las 6 de la tarde. Yo iba de Santa Rosa pa' arriba, pa' la casa. Me encontré un ánima en un punto que se llama Pringamozo. Estaba yo al bordo del camino y el ánima llegó y se me paró al lado de la bestia donde yo iba. Entonces le pregunté que qué necesitaba y me dijo: «vaya a la iglesia y me le pone cinco velones al Señor de los Milagros». Seguí por el camino que iba pa' Peñalisa y hasta ahí me acompañó esa alma en pena.

Otra noche yo estaba acostado, eran como las 2 de la mañana y veo que me llegó una amiga, esa sí sé que era muerta. Yo estaba en la cama y ella llegó y se me acostó aquí encima de este brazo. Me acuerdo todos los días que amanece. Me dijo: «vaya para Ibagué –porque ella murió en Ibagué–, y me le pone un florero de azucenas a mi tumba». Yo le decía que sí, que claro. Fue un murmullo que casi no se entendía, pero yo sí lo entendí. Yo lo digo con toda sinceridad, sin vueltas de nada. Fui y le hice poner las flores a mi amiga, le mandé a hacer una misa en Carmen de Apicalá y me devolví. A los días poquitos estaba yo yendo para la casa y ella venía por ese mismo camino. Yo esperé a ver si se me arrimaba. No, tomó por un monte abajo y no la volví a ver. Yo le iba a conversar y no me esperó.

Yo como soy muy devoto a las ánimas, no les tengo miedo. Yo me refiero a las ánimas que lo acompañan a uno, y esas uno no las ve. Hay gente que tiene esa capacidad de ver a las otras personas que nos acompañan en este camino de la vida;

algunos cuentan que ven personas acompañadas de un poco de gente. Es que usted no va solito, va con Dios y la Virgen. Un día don Gabriel me llamó a preguntarme por la gente con la que iba acompañado. Yo le dije que ese día yo estaba solo, que él lo que debió ver fueron las ánimas que me acompañan.

Siempre es mejor estar acompañado de las ánimas, porque ellos lo cuidan a uno. Aquí en este mundo son otros los que hacen más daño, son gente muy viva y a esos sí que hay que tenerles miedo. Las ánimas benditas del purgatorio lo que hacen es orientarlo a uno para que no cometa los mismos errores que ellos. Pero es que hay gente que ya no cree y no las escucha, y por eso terminan haciendo lo que hacen, se llenan de violencia y ya no hay quien los pare. Es que, como dice la compañera, aquí hay que tenerles más miedo a los vivos que a los muertos.

“La violencia nos quitó la paz”

Relato de don Tobías Olaya

Mi pueblo natal es Chaparral. Luego de 1948, que fue el 9 de abril, nuestra vida se convirtió en un azar porque se llegó el momento de que ni los mejores amigos se entendían y más bien se convertían en enemigos. El compadre y la comadre, que eran vecinos, a lo último se odiaban por un color político. Fue en esos momentos que me vi obligado a abandonar el municipio de Chaparral e irme a otros lugares, como a muchas personas les tocó en esa época. Desde ahí no volvieron a haber familias unidas sino dispersadas, porque la violencia nos quitó esa paz, esa armonía que teníamos anteriormente. Con el tiempo vine a llegar a este municipio de San Antonio. Tuvimos momentos muy difíciles, inclusive de casi perder la vida, pero por el poder de Dios, que lo tiene a uno para vivir más años, estamos aún aquí.

En una ocasión salí como a las 6 de la tarde del pueblo para la finca de Loma Redonda, y subiendo me encontré con un paisano que era de Chaparral, se me dio por saludarlo y luego seguí. Después supe que detrás de mí venía uno que quería acabar con mi vida, ahí en ese lugar. Pero el paisano de Chaparral tuvo esa prudencia de hablar con el asesino para decirle: «No, no mate ese muchacho que es de buena familia, yo sé de dónde viene. No tiene por qué ir a quitarle la vida. Déjelo que ese hombre nos va a servir aquí en San Antonio». Yo estoy seguro que ese fue mi ángel de la guarda.

Por encima de Dios no vive nadie

Yo hablo de mi experiencia en la juventud, sin ir a lastimar a los jóvenes de ahora. A veces la juventud es como un huracán, sale de la jaula y no sabe qué hacer. Yo pasé por eso, y por eso digo que todos hemos sido hijos pródigos, nos hemos salido de la casa a aventurar. ¿Qué hemos encontrado fuera de la casa? La mayoría hemos encontrado cosas buenas. En la casa uno encuentra lo principal.

Yo me salí de mi casa en la juventud y por temporadas me puse a estudiar libros de esos de magia. Hacía cosas de esas, invocaciones, y llegó un momento que hice un compromiso por 15 días con el diablo, con el jefe. Yo me iba a dormir y sentía que me pasaban unas manos peludas por todo el cuerpo. Y pasó un día, dos días, tres días… Cuando llegaron los quince días, le dije: «hermano, qué pasó. Ya se cumplió la fecha en que tenía que cumplirme lo que me había prometido, y a esta hora no ha resultado nada». Él me respondió: «es que por encima de mí hay un ser que yo no puedo negar, y donde usted me está obligando a entrar hay una cruz». Yo entonces le dije: «si hay un ser supremo que tiene más poder que usted, yo renuncio a todo esto que ya le aprendí; renunció a todo esto y me voy pa' donde él, porque tiene más poder que usté, porque eso es lo que yo anhelo, andar con el que tiene poder».

Ahí fue donde yo me afiancé en que por encima de Dios no vive nadie. Eso sí lo digo yo y pueden darme garrote, pero yo considero que hay un ser supremo que está por encima de todas las potestades. Y vuelvo y le repito, a mucha juventud que cree que demonio ya no existe y que por eso hay que hacer de todo, ¡no! El demonio sí existe, pero no tiene más poder que Dios.

Yo no quiero derramar sangre

Yo estuve en batalla en el ejército. Y antes de salir a batallar lo primero que decía era: «que el poder de Dios nos acompañe a todos, porque yo no quiero derramar sangre ni de los unos ni de los otros, porque nosotros no sabemos a quiénes vamos a matar, ni por qué los vamos a matar». Y tan pronto como veía a los enemigos, yo ponía al frente a San Miguel Arcángel, que es un ángel que tiene poder sobre todos los ángeles, porque él fue el que dijo: «quién como Dios, nadie como Dios».

En el ejército tuve momentos muy difíciles porque yo, sin ambicionar eso, logré que me dejaran a cargo 30 soldados. Un día llegamos a un puesto, a una tiendita, donde vivía un señor anciano que era el dueño de esa tienda y nos dio la posada, nos prestó un lugar para hacer el cambuche. Él tenía un baulito donde guardaba una plata y un revolver 38 de esos largos, una belleza. Entonces se pautaron dos soldados que eran de por allá de Cundinamarca. No puedo nombrarles porque yo juré no dictarles el nombre, pero esos manes le sacaron la plata al ancianito. Como yo estaba encargado, el ancianito se me acercó y me dijo que se le habían robado el dinero y el revolver. Mire, yo de una vez quedé en silencio y pidiéndole al poder de Dios que me iluminara.

Yo me quedé un rato en silencio, pensando qué hacer, hasta que me decidí formar a todo el personal. Le pedí al abuelito que les dijera a los soldados lo que había pasado. El abuelito dijo que le habían metido una bayoneta a la chapa del baúl y le habían sacado las cosas. En esa época 70 mil pesos era mucha plata, y el revolver, ni se diga.

Luego de que habló el viejito yo le dije a la tropa: «¿Será que a nosotros nos mandaron a este lugar a guardiarlo o robar? ¿Ustedes van a darle prestigio al ejército, o lo van a decepcionar con esa manera de comportarse, más cuando esta gente nos está dando hasta la posada? Aquí no se arreglan las cosas a los golpes o las patadas. Vamos a organizarnos y a dar el ejemplo del ejército. Los que tenga eso, los que hayan hecho eso, entreguen las cosas. Yo me comprometo a que no lo divulgaré».

Yo me fui a ubicar en un lugar discreto para que esas personas entregaran lo robado. Me fui pa' la cañera del monte y cuando los ladrones llegaron a entregar la plata y el revolver, ¡ay!, me dio tanta alegría. Ustedes no se imaginan la alegría que

me dio. Volví al grupo, hice formar de nuevo a todo el personal y llamé al ancianito. Ahí les dije: «bueno, señor, aquí están sus cosas. Estos mismos soldados van a ser los testigos de que yo le entregué esta plata y este revolver. Yo no voy a decir quién los tenía, porque es un juramento que les hice. Y los felicito que ustedes hayan devuelto esto. Un error lo comete cualquiera, y es de hombres enmendarlo».

Le pregunté al abuelito si había que responderle por la chapa del baúl. Él me dijo que no, que dejáramos así, y así quedó. Todo se resolvió de la mejor manera, y los muchachos aprendieron su lección. Yo terminé entendiendo la situación, porque, sin ir a lastimar a la milicia de esa época, eso era puro garrote, chapa, calabozo y hambre. Yo como joven pasé por esa etapa, y hoy doy Gracias a Dios por todo eso que me pasó y por todo lo que aprendí de la vida.

PARTE DOS

MEMORIAS INDÍGENAS
Las luchas por la recuperación de Ima, la Madre tierra Pijao, en San Antonio de Calarma

Recuperar es armonizar la Madre tierra

Historia del Resguardo Indígena San Antonio de Calarma

Diana Isabel Villalba Yate, Yadira Villalba Yate, Adriana Guzmán Yate, Islena Villalba Yate (médica ancestral), José Jerónimo Guzmán Guzmán, Pedro Patiño Flores, Nelso Céspedes, Jesús Emilio Torres y Andrés Felipe Ortiz Gordillo

Fotografía 1. Grupo cultural liderado por la mayora Carmenza Aroca en los inicios del Resguardo (2004).

Kaike (saludo Pijao)[6]. Hola compitas, cómo han estado –dice la comunera indígena entrando a una casa de campo–. Venimos a visitarlos porque estamos realizando entrevistas sobre el proceso de recuperación de territorios que viene realizando el pueblo Pijao aquí en el Resguardo Indígena San Antonio de Calarma.

A la casa van entrando el gobernador Nelson Céspedes, Yadira Villalba Yate, Adriana Guzmán Yate, Diana Isabel Villalba Yate, la médica tradicional Islena Villalba Yate, José Jerónimo Guzmán Guzmán, Pedro Patiño Flores y Jesús Emilio Torres, consejero del Consejo Regional Indígena del Tolima, CRIT. Con ellos van llegando las memorias y las experiencias. Hasta un poco de nostalgia se hace presente. Cada uno busca su acomodo y se dispone a dialogar con la historia de su comunidad y su territorio.

En esta oportunidad serán las memorias de la mayora Rosa María Olaya, de Orfilia Salazar y del mayor Gustavo Váquiro las que conduzcan la conversa. Se les ve contentos por la visita y sobrecogidos con la presencia de tantos compañeros.

–¿Para qué somos buenos? –pregunta una de las mayoras recordando que, aunque muchas veces han hablado del proceso de recuperación territorial, siempre es un poco intimidante sentirse el centro de atención.

Afuera se escucha el cucucucucu insistente de las gallinas.

Y el pregón de algún gallo bravucón.

Y los ladridos de un perro que persigue el paso de una moto por la carretera de tierra.

Y el canto de los pájaros.

–Nos parece importante que se conozca todo lo que hemos tenido que luchar para poder vivir en estos territorios que nos fueron usurpados desde la época de la invasión europea –dice alguno mientras busca dónde acomodarse. Al fondo, casi imperceptible, se escucha la conversa del viento cuando se encuentra con los árboles

[6] NOTA EDITORIAL: Esta crónica fue escrita por el grupo de Investigación y Educomunicación "Tejiendo pensamiento Pijao" del Resguardo Indígena San Antonio de Calarma, y fue publicada originalmente en la serie periodística "Caminos por la Pachamama ¡Comunidades andinas en reexistencia!" del medio de comunicación independiente Agenda Propia. Se produjo en un ejercicio de co-creación entre periodistas y comunicadores indígenas y no indígenas de la Red Tejiendo Historias, bajo la orientación de Edilma Prada y la coordinación editorial de Agenda Propia. Las fotografías hacen parte del archivo del RISC.

y la voz del agua recorriendo las montañas del suroccidente del departamento del Tolima, Colombia, donde está ubicado el Resguardo.

Esas son las voces del territorio con sus múltiples lenguajes, desde cuando la faz de la tierra estaba cubierta de agua. Porque como cuentan los Mohanes y las Mohanas (líderes espirituales) en el Plan de Vida Convite Pijao, en el principio el mundo era una gran laguna. En esos tiempos, el Sol (Ta), el viento (Guaira), el trueno, el arco iris (Chucuy) y la Luna (Taiba) no tenían donde descansar, no tenían territorio. Entonces el Sol (Ta) calentó muy fuerte, hasta que se evaporó el agua y quedó convertida en nubes (Tolaimas). Ibanasca (diosa de los vientos fuertes y las tormentas) sopló recio y formó un huracán que se llevó el agua con la que se crearon los mares y las lagunas, y fue así como apareció la tierra caliente (Ima), donde nacieron los primeros pijaos, el Mohán y la Mohana.

–En nuestra cosmovisión Pijao, el mundo quedó dividido en cinco capas (niveles) –explica la médica ancestral del Resguardo Islena Villalba–. En las dos primeras, las más hondas y frías porque son de agua, habitan los cuatro dioses que sostienen el mundo: Locombo (diosa del tiempo y la prosperidad), Lulomoy (dios de la justicia y la sabiduría), Guimbales (dios de la guerra) e Ibamaca (diosa de la protección) junto con otros seres como el Tunjo de oro, la Madremonte y la Madreagua. Nosotros los seres humanos estamos en la tercera capa, que es seca, y por eso la llamamos tierra caliente o Madre tierra (Ima), y en ella vivimos junto con animales, árboles y plantas de todas las especies. Arriba del mundo están las capas calientes, las estrellas y, bien arriba, el Sol (Ta), que es quien proporciona el calor al mundo, su energía vital.

El Mohán y la Mohana vinieron al mundo con el encargo de mantener el equilibrio entre los espíritus fríos y calientes, cuidando que cada uno tuviera su espacio. Y por eso –según se recuerda en el Plan de Vida pijao–, cuando los espíritus fríos invaden el espacio de los espíritus calientes o viceversa, se crea una desarmonización, y es ahí cuando los Mohanes y las Mohanas cumplen su función de equilibrar o armonizar el mundo, a la comunidad y a las personas.

–Por eso nosotros somos los encargados de mantener el equilibrio entre el frío y el calor –afirma la médica ancestral–. Pero cuando morimos, todos los pijaos vamos a la segunda capa. Al lado derecho se ubican los Mohanes y las Mohanas que fallecen. Ellos tienen la capacidad de transitar e interferir en el mundo seco (tercera capa, Ima), mientras que el espíritu de los pijaos que no son Mohanes se ubica al lado izquierdo y quedan ahí, quieticos, porque aún no adquirieron los conocimientos para poder transitar entre las capas.

–Nosotros sabemos que con la invasión de nuestros territorios el mundo quedó desarmonizado –comenta uno de los compañeros que estuvo desde el principio del proceso del Resguardo, mientras se ubica en un rincón para participar del diálogo–. Y por eso es que llevamos todos estos años en la recuperación de la Madre tierra, para poder devolver el equilibrio al mundo.

–Entonces, la idea es que nos cuenten, mayores y mayoras de la comunidad, cómo inició, quiénes participaron y de qué forma organizaron la armonización territorial a través de las recuperaciones de tierras aquí en el Resguardo Indígena San Antonio de Calarma –dice una compañera mientras revisa en su cuaderno las preguntas que ha preparado para orientar la conversación.

–Bueno, ustedes nos avisan cuándo empezamos a hablar –dice con voz nerviosa una de las mayoras entrevistadas.

–Ya, ya nos puede contar –le contesta una comunera acercando a la mayora su teléfono celular que ya se encuentra en modo de grabación.

Así iniciamos la recuperación del territorio

La primera vez que oí decir que una parte de la comunidad tenía ganas de recuperar un territorio fue en el año 1997. Nosotros los pijaos del Resguardo Indígena San Antonio de Calarma ya veníamos luchando por la tierra, porque la que teníamos no alcanzaba para tanta gente. Nosotros pensábamos que teniendo territorio suficiente para sostener a nuestras familias, y sobre todo a nuestros hijos, ellos ya no tenían que irse a buscar vida en otros lados, ni tendrían que irse para el ejército o para la guerrilla que había en esa época en el Tolima.

Desde el año 1997 hasta el 2000 nosotros nos la pasamos pensando qué hacer para recuperar unas fincas que estaban completamente abandonadas en la vereda Villahermosa del municipio de San Antonio. En esos años también esperábamos que el gobierno nos aprobara la formalización del Resguardo en la finca Las Palmeras, que nos había entregado el Instituto Colombiano de Reforma Agraria, Incora, en 1995.

Esta formalización era importante para nosotros, porque los resguardos son instituciones legales reconocidas por el Estado, con las cuales se legaliza la propiedad colectiva sobre los territorios, y se establece que los pueblos indígenas son autónomos en su gestión y administración a partir de sus propios usos y costumbres ancestrales, según dice el Decreto 2164 de 1995. Finalmente, en el año 2000 nos aprobaron el Resguardo, pero seguíamos viendo que hacía falta ampliar el territorio para que todas las familias pudieran estar tranquilas. En esa época eso era lo que pasaba.

Fotografía 2. Mayores Antonio Pedraza y Carmenza Aroca, líderes históricos del resguardo.

Eran pocas las alternativas que teníamos sin territorio, y ya llevábamos mucho tiempo buscando tierra para trabajar, para educar a los hijos, y eso no se conseguía para todos. Entonces nos metimos a la recuperación de territorios con mucho anhelo, porque de todas maneras nosotros ya teníamos los hijos que estaban creciendo, había muchachos que ya estaban formado su núcleo familiar y no tenían ni siquiera la posada, ni dónde trabajar y ya con la recuperación eso se veía como un descanso, porque había cómo facilitarle a los jóvenes un pedacito de tierra para hacer su casita, para que sembraran su café, su plátano, su frijol, para que tuvieran sus gallinas, sus marranos y hasta sus vaquitas.

Después de muchas gestiones, de ires y venires, reuniones, acuerdos, ocupaciones de instituciones del Estado, vimos que el asunto con el gobierno no andaba. Fue ahí cuando decidimos ejecutar lo que durante tanto tiempo veníamos pensando y conversando. En el año 2001, en una asamblea general que realizó el resguardo, se tomó por fin la decisión de recuperar la finca Las Delicias –sector La Holanda–, ubicada en la vereda Villahermosa. Eran varias fincas para recuperación

las que se habían priorizado en el Plan de Vida del resguardo: estaba Barro Blanco, La Samaria y Las Delicias. Al final nos decidimos iniciar por Las Delicias.

En esos años estábamos definiendo nuestro Plan de Vida del pueblo Pijao, que es como la planificación que hacemos los pueblos indígenas colombianos para la reafirmación de nuestras autonomías, como un "plan de desarrollo étnico", y uno de sus ejes principales era la recuperación de los territorios ancestrales del Gran Resguardo Colonial de Ortega y Chaparral, en el Tolima, situación que nos alentó mucho más a hacer la recuperación, sobre todo porque estábamos recreando nuestros conocimientos, y los abuelos habían hablado en el Plan de Vida "Convite Pijao" que teníamos que poblar y mantener los territorios según los principios de la chicha (bebida sagrada a base de maíz fermentado): la chicha congrega a la comunidad y la une; la chicha se reparte, no puede ser de uno solo ni para uno solo; la chicha es equilibrio, porque es resultado del cuidado de la tierra, el agua, el fuego y el aire.

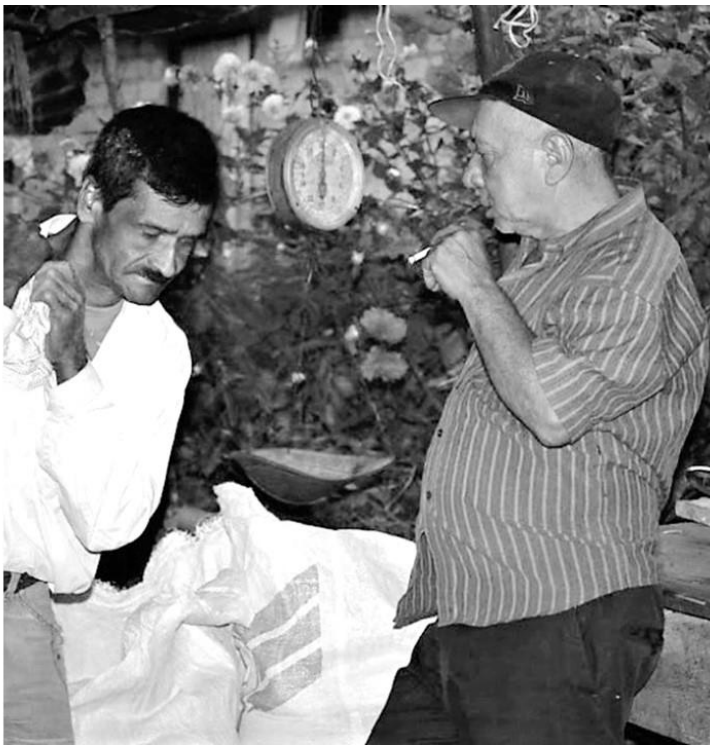
Desde que se tomó la decisión de recuperar Las Delicias, fue mucho tiempo, semanas, meses, reunidos discutiendo qué hacer y cómo hacerlo, siempre ahí debajo del árbol de caucho. La directiva de ese tiempo nos reunía para hacer capacitaciones y talleres, porque la idea era que todo el mundo entendiera la necesidad de recuperar esas tierras. En las reuniones nos decían qué teníamos que llevar, cómo teníamos que hacer para llegar allá, todo nos lo explicaban y se discutía, para que las cosas quedaran bien claras.

Le avisamos hasta a la guerrilla que íbamos a recuperar

Un día del año 2001 se tomó la decisión de ocupar la finca Las Delicias. Se escribió un documento avisando a las autoridades, para que después no nos dijeran que estábamos haciendo las cosas de manera ilegal. Se informó a la policía y al ejército, a la Alcaldía Municipal, a Cortolima que es la autoridad ambiental del departamento, a la Personería Municipal y la Defensoría del Pueblo. En eso nos ayudó mucho el abogado Miguel Vázquez, que era de la Defensoría del Pueblo, quién nos asesoró jurídicamente para no terminar nosotros emproblemados. Todo se hizo siempre con la participación de la comunidad, con todo el que quiso participar, porque es así como trabajamos los pijaos.

También se le avisó al Consejo Regional Indígena del Tolima (CRIT), que es nuestra organización regional, para que nos apoyaran. Y mientras unos resolvían lo de los víveres y la logística, a otros les tocó ir a avisar sobre esa recuperación del territorio al Frente 21 de las Farc, la guerrilla que actuaba en la zona. Porque tampoco se podía entrar sin eso. Corríamos el riesgo de que llegaran y acabaran con todo. Realmente así fue. Para poder entrar allá, nos tocó pedir permiso a esa gente.

Cuando ya todo estaba organizado y los avisos hechos, se inició el proceso. Que nos acordemos, eso lo encabezaron los compañeros Gustavo Váquiro, que era el gobernador (líder que asume la representación de la comunidad) en ese momento, el compañero Benjamín Villalba y su esposa, Alba Yate, Carlos Lozano Castillla, Rosa María Olaya, Pedro Patiño Leal, la familia Molina, la compañera Carmenza Aroca, Edilberto Molina, don Claudio, la familia Martínez, Fidel Martínez. También estuvieron don Tomás, María Doris Guzmán, la compañera Leonor, José Jerónimo Guzmán Guzmán, la señora Orfilia Salazar, Renzo Torres, el médico tradicional José de los Santos Torres y la comunidad en general apoyando. Otras personas importantes fueron la compañera indígena Irene Rojas y el señor Miguel Vásquez, quienes nos asesoraron en la construcción del Plan de Vida del resguardo y, además, acompañaron con su experiencia jurídica los primeros días del proceso de recuperación en el año 2001.



Fotografía 3. Médica ancestral Alba María Yate (QEPD) y mayor Gustavo Váquiro (foto derecha con gorra), líderes históricos del resguardo.

Eso era solo rastrojo

Cuando entramos en el año 2001, la finca Las Delicias estaba con mucha maleza, en total abandono. En ese momento no teníamos nada, nada, nada… eso era la pobreza absoluta. Con decirles que nos tocó hasta ir a las casas a recoger sal de los saleros. A todo el que entró al territorio le tocó poner su aporte familiar para el sostenimiento del proceso. Unos pusieron trabajo y los que no pudieron estar todo el tiempo en la recuperación, hacían sus aportes para la comida.

El día que entramos llegamos como habíamos convenido en las reuniones: nos trajimos las bestias, la ropa, las cobijas, las gallinas, los perros, nos trajimos todo. Los unos ponían en los filos de las montañas banderas de Colombia, banderas blancas, las banderas de San Antonio y del Tolima. Otros hacían la guardia. Las mujeres casi ni dormían por estar haciendo de comer y preparando jarradas de tinto, que es como aquí llamamos al café negro, para que los compañeros que cuidaban no se quedaran dormidos y no aguantaran tanto frío. Porque aquí en estas montañas por la noche hace harto frío.

Nosotros hambre no aguantamos, hacíamos de comer para todos. Éramos como 50 personas. Poníamos la olla comunitaria y le aventábamos plátano, yuca, si había carne se la echábamos, unos tustes (cabezas) y patas de vacas que nos regalaban. Si había, se hacía arroz. Mejor dicho, lo que hubiera se lo echábamos a la olla. Como los compañeros se dispersaban por todo el territorio para trabajar, a las mujeres les tocaba hacer los grupitos para irles a dejar el almuerzo, para llevarles agua, lo que fuera. Aquí todos trabajaban y todos aportaban. Hasta la gente del pueblo nos aportó mucho. Unos llegaban con atados de plátano, de yuca, de banano. A algunos que bajaban al pueblo les daban arroz, pasta, manteca, aceite. El proceso era difícil, pero había mucha solidaridad.

El primer año de la recuperación fue muy duro. La gente se sostuvo con lo que podía porque sabía que con el tiempo íbamos a mirar el progreso de la comunidad. En ese año limpiamos la finca. Esa limpieza nosotros no la entendemos solo como el corte de la maleza o desyerbar y limpiar de basura, es también una armonización del territorio, recuperar su equilibrio que estaba desarmonizado por todos los problemas violencia, de narcotráfico, de maltrato a la Madre tierra que allá se vivían. Todas esas situaciones generan desequilibrios en el territorio, en la comunidad, en las personas, y debemos entrar en un proceso de armonización de todas esas fuerzas que nos impiden vivir bien. Eso es un proceso de años, no son cosas que se solucionan de la noche a la mañana.

Por ejemplo, en ese año 2001 empezamos con las labores agrícolas; esa es una de las labores que ayudan a recuperar y limpiar el territorio, porque es volver a tener una relación estrecha con la Madre tierra. Y gracias a esos esfuerzos es que hoy tenemos el territorio recuperado, bonito, mejorado, armonizado, todavía con problemas, pero haciendo esfuerzos para poder vivir bien. Esta recuperación nos ha regalado muchos aprendizajes, saber que es mejor el cultivo orgánico, saber que hay partes del territorio que no se pueden tocar, como los nacederos de agua y el cuidado del monte, donde no se puede sembrar ni cazar ni hacer actividades que desarmonicen el territorio.

Pero también nos ha tocado hacer grandes sacrificios para la pronta legalización de estos predios. Por ejemplo, por allá en el año 2005 pagamos unas deudas de energía eléctrica que estaban retrasadas en la finca recuperada. Y también se pagaron unas cuentas pendientes de mejoras de casas. Y hemos realizado otras acciones, como cuando en los primeros meses de la recuperación de Las Delicias nos tocó sacar unos animales, caballos y ganado, que estaban ahí y que se decía que eran robados. Nosotros no queríamos tener problemas con eso, así que los sacamos. Si sabíamos que a alguien le habían robado ganado, le avisábamos y se lo devolvimos. Algunos animales se dejaron en un potrero a ver si alguien los reclamaba. Y si nadie venía por ellos, los echábamos para la carretera.

Fotografía 4. Líderes y actividades organizativas colectivas del Resguardo.

También nos tocó enfrentar el tema de los cultivos ilícitos. En la parte de arriba de la finca Las Delicias había gente cultivando amapola, que sirve para la producción de heroína, y marihuana. También había gente deforestando, sacando madera, afectando las fuentes de agua.

Ya con los días se le comenzó a ver otra cara a la finca. Recuerdo que empezamos a reforestar las quebradas, los nacimientos de agua, y es por eso que hoy ni nosotros ni otros territorios del municipio sufren por agua, porque todo se ha reforestado. Una de nuestras grandes peleas ha sido por el cuidado del agua, y eso ha sido también producto de las reforestaciones que pudimos hacer en los territorios recuperados.

Lo que tenemos ha sido producto de la lucha

Después de todos esos esfuerzos, sufrimos un golpe duro en lo organizativo porque el CRIT no nos apoyó, nos discriminó la recuperación. Nos dijeron que ellos no la habían autorizado, pero es que nosotros en ese momento no necesitábamos autorización de ellos, porque estábamos trabajando en base a nuestro Plan de Vida que dice que la recuperación de los territorios ancestrales es lo fundamental.

Yo recuerdo que en la construcción del Plan de Vida tomamos como primer principio que la recuperación del territorio es un mandato dentro de la organización. El CRIT en sus inicios apoyaba más, sobre todo en el plan del Tolima. Desafortunadamente las recuperaciones del territorio tocó pararlas porque… mire les voy a decir: eso se paró por miedo. ¿Miedo a quién? Pues miedo a los paramilitares, a la violencia. Empezaron a amenazar y a asesinar a los líderes. Nosotros tuvimos amenazas de los paramilitares. Por aquí estuvo el Bloque Tolima de las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia), desde el año 1999 hasta su desmovilización, el 22 de octubre de 2005. Mucha gente se asustó y se fue de la recuperación. Yo dije: “si aquí me voy a morir, pues aquí me muero, por algo que valga la pena”.

Aquí en el municipio han sido muchos los actos de violencia que nos ha tocado vivir. Por ejemplo, al compañero que le decimos “Negrera”, que fue el delegado para ir a hablar con la guerrilla para avisarles que se iba a hacer la recuperación, le tocó salir desplazado forzosamente del territorio porque fue estigmatizado y amenazado solo por haber ido a informar lo que íbamos a hacer. No fue más lo que él hizo, pero fue señalado y por eso tuvo que abandonar el territorio y el municipio en contra de su voluntad. Él falleció hace poco en la ciudad de Ibagué. Por cosas como estas se acordó que nunca se dijera que “fulano es el líder”. Los líderes somos todos. Si llega algún desconocido a preguntar por el líder, se dice que todos somos líderes. ¡Ahí sí tendrían es que pelarnos a todos!

Entonces, miren que para poder tener esto nos ha tocado hacer de todo. Hasta tomarnos las sedes de las instituciones del Estado. Por allá en el año 1996 participamos en la ocupación que se hizo del Incora. Nosotros entramos a las instalaciones y ahí nos quedamos. Cuando avisaron a las autoridades ya estaba todo organizado. Como a las 3 de la tarde nos vemos rodeados de policías, de ejército, de tanquetas, y hasta pal' verraco. Las calles estaban todas cerradas. Luego de la negociación, se logró conseguir la adjudicación de algunos resguardos en los municipios de Coyaima, en Natagaima, en Ortega y en el mismo San Antonio de Calarma. Es que esto que tenemos no ha sido gratis, ha sido producto de la lucha.

Tuvimos un dinero para comprar Las Delicias, y se perdió

En los primeros meses de la recuperación nadie apareció a reclamar. Nadie. Fue después del año 2014 que apareció la señora Isabel Cristina Melo, representante de la empresa Hoyos Vallejo y Asociados, diciendo ser los reclamantes de esas tierras. Allá nos llegaron con un certificado de tradición del predio, con matrícula inmobiliaria No. 355-389 expedido por la oficina de instrumentos públicos del municipio de Chaparral, Tolima, diciendo que eran los "dueños". Pero nosotros ya llevábamos años ahí.

Desde ese momento empezamos a tener muchas dificultades, porque ahora debíamos negociar con la señora para que le pudiéramos comprar la finca. Esa empresa dice ser la "dueña" del predio, pero no, para nosotros son reclamantes con derechos catastrales, porque a pesar de que aparecen como "propietarios" en los registros del catastro, somos nosotros quienes poseemos y ocupamos el territorio hace por los menos 20 años. Y ancestralmente los dueños somos nosotros, las comunidades indígenas. Eso ha sido reconocido formalmente aquí en el Tolima a través de la Escritura No. 657 de 1621 (ratificada en 1917 por el gobierno colombiano). Pero no hay que confundir. Nosotros decimos que "somos los dueños" porque así nos obliga el lenguaje occidental, pero nosotros más que dueños somos guardianes, cuidadores ancestrales del territorio, porque nadie puede ser dueño de la Madre tierra.

Luego en el año 2016 tuvimos una priorización de la Comisión Nacional de Territorios Indígenas, en la que nos adjudicaban 1.200 millones de pesos para comprar la finca recuperada. El doctor Santos Marín, que había sido gerente del Incora y sabía de esos procesos, nos orientó sobre los papeles (documentos) que debíamos tener, que eran: el "paz y salvo" de los impuestos, demostrar que el predio estaba libre de hipotecas y que hubiese una oferta voluntaria formal de venta por parte de los reclamantes, o sea de la señora Isabel Cristina y sus asociados. Y nos pusimos a conseguir esos papeles.

Ya en el año 2017 teníamos toda la documentación. Pero pasaron varias cosas: el Instituto Colombiano de Desarrollo Rural, Incoder, lo habían liquidado y entró la nueva Agencia Nacional de Tierras, que no era más que otra institución para dificultar esos procesos de legalización de los territorios indígenas. Solo burocracia. Lo otro que aconteció fue que cuando llegamos con todos los papeles a esa institución, los funcionarios pusieron problema y dijeron que no se podía hacer la negociación porque la finca estaba "coaccionada", o sea, como nosotros estábamos allá armonizando y trabajando en la recuperación del territorio, eso era un impedimento jurídico, según ellos, para hacer efectiva la negociación de compra a los que nosotros les decimos "reclamantes con derechos catastrales".

Entonces ¿qué pasó? Pues nos pusieron a trabajar, a gestionar, a molestar, para que al final esa platica se perdiera. Fueron puras mentiras lo que nos dijeron. El caso es que tuvimos un dinero para comprar Las Delicias, y esa plata se perdió por la negligencia de unos funcionarios.

"Los terratenientes tienen tierras hasta donde alcanzan a mirar los ojos"

En ese tiempo no sabíamos que estos territorios hacen parte del Gran Resguardo de Ortega-Chaparral, que fue un resguardo de origen colonial en el que se reconocía la tenencia de tierras a los indígenas. Eso luego se formalizó con el gobierno bajo la Escritura No. 657 de 1917. Si hubiéramos tenido conocimiento de eso, las cosas habrían sido diferentes, habríamos peleado más fácil para recuperar no solo Las Delicias, sino también las fincas La Samaria y Barro Blanco. Ese era nuestro pensado y eso fue lo que quedó trazado en nuestro Plan de Vida. Pero el Plan de Vida se quedó dormido.

Estas recuperaciones son para desarrollar nuestra vida como pijaos en nuestro propio territorio, no es para formar terratenientes de esos cuyas propiedades sí llegan hasta donde alcanzan a mirar los ojos. Nosotros queremos garantizar la vida de nuestros hijos y de los hijos de todos. Sabemos que a ellos les va a tocar pelear por sus derechos, pero nosotros queremos avanzar en el tema de la recuperación de las tierras ancestrales, para que tengan suficiente territorio para vivir. Yo siento mucha alegría porque los que estamos asentados acá en Las Delicias, en la recuperación, a lo menos sacamos la comidita, cogemos café, tenemos buena siembra: plátano, yuca, arracacha, maíz, frijol, y eso ya es un cambio de vida muy grande a la que teníamos antes sin el territorio.

Fotografía 5. La cultura es uno de los pilares fundamentales del proceso del resguardo (RISC).

En esta recuperación llevamos veintipico de años y de aquí no nos vamos

En mi memoria todavía está vivo el momento en que llegaron los títulos de la constitución del resguardo. Eso fue el 18 de diciembre de 2000. Hoy ya tenemos veintipico de años aquí en estas luchas, y yo por lo menos que llegue acá desde un principio me siento bien, porque trabajamos en unión con todos los compañeros, porque nos ayudamos, a veces nos íbamos a trabajar en las parcelas de los compañeros y ellos venían y nos ayudaban a nosotros. Cuando hubo que hacer casitas, entre todos colaborábamos y hacíamos la del compañero que no la tenía, y luego él ayudaba al otro y así, todo muy recíproco. Por eso vivimos tranquilos.

Nosotros acordamos celebrar todos los años ese cumpleaños del resguardo, porque hay que conmemorar esas luchas que no han sido fáciles. Vamos muy bien, a pesar de que hay tantas amenazas y que nos quieren desalojar. Nos han intentado hacer ya tres lanzamientos con la policía por ocupación de hecho. Esos lanzamientos son los mismos desalojos que buscan poner fin a la ocupación y restituir la tenencia del predio a favor de los que dicen ser los dueños. Pero como hemos dicho siempre, los dueños ancestrales legítimos de estos territorios somos los pijaos. Ha habido otros intentos de desalojo, pero no se han realizado por falta de garantías. En uno de esos desalojos lograron sacar a una familia que terminó viviendo en San Antonio, lejos de su territorio. Pero nosotros de aquí no nos vamos porque son muchas cosas las que venimos haciendo.

Mire le cuento: en el resguardo actualmente tenemos nuestro proyecto pilar, que inició desde el principio que nos entregaron la finca, que fue el proyecto ganadero, que nos sirve para cumplir con algunas obligaciones de financiación o de administración del resguardo. Cuando se requiere, se venden unas vaquitas y solucionamos esas cosas.

Con nuestra Asociación de Productores y Transformadores Agroforestales y Agropecuarios del Resguardo Indígena San Antonio de Calarma (AGRORIS), se inició en los años 2016 y 2017 un proyecto de floristería comunitaria en el que venimos sembrando 2640 plántulas de guadua y 14 mil plántulas de café, con apoyo de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), el Ministerio de Ambiente y Cortolima. Con este proyecto también vamos a hacer un vivero que se que se construirá a partir del año 2022.

Este año salió un proyecto que se propuso en el 2019, un PROCEDA (Proyecto Ciudadano de Educación Ambiental), para reforestar el borde de la quebrada La Samaria, que es la que pasamos cuando vamos desde la entrada del resguardo hasta la sede del resguardo, con la siembra de más o menos mil arbolitos.

En el año 2020 fundamos la Asociación de Mujeres Recuperadoras de la Madre Tierra (ASOIMA), con la finalidad de gestionar algunos recursos para trabajar temas como las plantas medicinales. Ya tenemos media hectárea sembrada y la idea es poder producir aceites, cremas, ungüentos, jarabes y todos esos remedios naturales que se derivan de las planticas medicinales. En esto ha sido muy importante poder contar con nuestra médica tradicional, para poder darle continuidad a la resistencia a través de nuestra medicina propia.

Hemos tocado muchas puertas para poder fortalecer nuestras asociaciones, porque ellas nos han facilitado el trabajo para acceder a recursos. Por ejemplo, con

AGRORIS ganamos un proyecto para la construcción de un "beneficiadero", una central de beneficio, que permite convertir la cereza en grano en café para consumo. Con ese proyecto vamos a contar con las máquinas, los tanques y la tolva para seleccionar y clasificar los granos antes de que pasen a la despulpadora. Lo que nosotros queremos es tener una marca propia de café. Actualmente un joven de la asociación está estudiando mercadeo y comercio internacional, y está creando una marca de café de origen indígena.

Para nosotros es muy importante ese tema de la seguridad y la soberanía alimentaria, y para eso tenemos que fortalecer la cultura y la autonomía, así como la unidad de nuestro pueblo. Y esa es la meta de estos proyectos, seguir fortaleciendo la unidad y la autonomía entre la comunidad. Hoy son 29 familias que se vienen sosteniendo económica, cultural, ancestral y organizativamente en la finca recuperada, en Las Delicias, con esos proyectos.

Mire usted que son muchas cosas las que estamos haciendo para fortalecernos como pijaos, ¿no le parece? Hasta tenemos pensado en construir nuestro propio bohío ancestral (casa ceremonial). Desde el año 2020 se ha dejado recursos de las transferencias que recibimos del gobierno a través del Sistema General de Participación que administra la Alcaldía Municipal de San Antonio, con la finalidad de que el próximo año, en el 2022, podamos tener nuestro bohío ancestral. También hay proyecticos en espera, como la construcción de una sede deportiva y el mejoramiento de la sede donde nos reunimos a jugar fútbol, pero por ahora lo urgente es el bohío, porque eso nos fortalece y nos acerca cada día más a nuestras tradiciones y costumbres ancestrales, que nos fueron arrebatadas desde la llegada de los europeos a estos territorios por allá en el año 1538, según cuentan los cronistas de indias.

Nosotros los pijaos somos un pueblo guerrero, inconquistable. Hoy somos 51.635 pijaos en todo el país, según el censo nacional del año 2018 del DANE. Aquí en el resguardo somos más o menos 110 familias con 580 personas. Nos seguimos sintiendo atropellados por el Estado, por el mismo gobierno, por la señora que dice que es la dueña del territorio, por la policía cuando viene a desalojarnos violentamente, atentando contra el bienestar de nuestros hijos, de nuestros adultos mayores, de todos nosotros… Pero gracias a nuestros dioses, a nuestro territorio, a nuestra comunidad y a la memoria de nuestro pueblo, aquí estamos y seguiremos luchando por la liberación de nuestra Madre tierra. Esperemos a ver qué pasa… Karey Karey (agradecimiento de despedida).

“¡Somos dueños ancestrales de estas tierras!”

Historia de la parcialidad indígena Pijao Palmira Alta

Luis Alberto Hernández, Diana Isabel Villalba Yate, Jerónimo Guzmán Guzmán, Pedro Patiño, Andrés Felipe Ortiz Gordillo y Francisco Andrés Cristancho Rojas

Fotografía 6. Comuneros de la parcialidad Pijao Palmira Alta en reunión comunitaria.

La mañana invitaba a un tinto[7]*. La calidez del aire en la plaza principal de San Antonio –municipio del sur occidente del departamento del Tolima– anunciaba el frescor de la media mañana. Una vecina saludaba en la mitad de la calle a todo el que le pasara por el frente, sin importarle que las motos que andaban a esa hora por la calle sexta la pudieran atropellar. Diagonal a la alcaldía municipal, que queda en uno de los costados del parque principal del pueblo, se encuentra Alcafesan, un café ubicado frente a la Alcaldía Municipal, en donde nos quedamos de encontrar con Luis Alberto Hernández, gobernador de la parcialidad indígena Palmira Alta, a quien contactamos unos días antes con la intención de que nos contara sobre el proceso de recuperación del territorio que su comunidad realiza desde el año 2016.*

Esa mañana de domingo nos encontramos Jerónimo Guzmán, Pedro Patiño, el profe Andrés Ortiz y Diana Isabel Villalba para entrevistar al gobernador, pensando en hacer un libro con esas historias de resistencia Indígena Pijao aquí en San Antonio. El gobernador no tardó en despedirse efusivamente de un par de paisanos que lo saludaron en la calle, e ingresamos a Alcafesan. Nos sentamos en torno a una mesita cuadrada hecha de guadua y vidrio, mientras le explicábamos al mayor el objetivo del encuentro; luego nos dispusimos a escuchar esas historias que han quedado guardadas en la memoria de los mayores y mayoras luchadoras del pueblo Pijao, como lo venimos haciendo hace un par de años, cuando principiamos el trabajo de recuperación de memoria en el Resguardo.

Iniciamos preguntándole por sus luchas y la resistencia que han venido sorteando la comunidad frente a la recuperación del territorio. El gobernador tomó un sorbo de tinto, se organizó en la silla, nos miró a los compañeros presentes y con la mirada nos dijo que nos alistáramos porque el cuento no era corto. Encontrando rápidamente el tono adecuado para que todos pudiésemos escucharlo, arrancó.

***

Somos propietarios legítimos de estas tierras

En este tema de recuperación de territorio éramos varias comunidades a nivel de la nación Pijao las que teníamos esa iniciativa aquí en el Tolima. Desafortunadamente para otros compañeros ese proceso territorial se perdió. A hoy, del pueblo Pijao solo habemos dos comunidades con recuperaciones aquí en el

[7] NOTA EDITORIAL: Esta crónica tiene como base el diálogo testimonial sostenido entre el grupo de Investigación y Educomunicación Tejiendo pensamiento Pijao del Resguardo indígena San Antonio de Calarma y el mayor Luis Alberto Hernández, gobernador de la parcialidad Palmira Alta del pueblo Pijao de San Antonio de Calarma. Las fotografías hacen parte del archivo de la parcialidad Palmira Alta.

municipio: el Resguardo Indígena San Antonio de Calarma para ampliación del resguardo, y Palmira Alta, en proceso de lucha por esas tierras. Otros dos procesos de recuperación en el plan del sur del Tolima, los de Belu, en el municipio de Ortega, y Balsillas, en el municipio de Natagaima, perdieron jurídicamente en los estrados. Eso llegó incluso a instancias superiores, pero finalmente perdieron y terminaron siendo desalojados de sus territorios.

Nosotros todavía conservamos este proceso, en el cual, a pesar de no tener mayor conocimiento ni poseer mucha información, nos hemos sostenido. Llevamos bastante tiempo en esta lucha. Iniciamos la recuperación el 11 de enero del 2016, o sea que para estas fechas completamos siete años. También hemos tenido que acudir a los estrados judiciales en primeras instancias; hemos podido batallar y salir bien librados del juez de garantías –que fue la primera demanda que enfrentamos jurídicamente– aparte de los procesos policivos y posteriormente ante el juez penal.

Nosotros ante el juez de garantías ya argumentábamos lo del tema de la «escritura colonial», y que hemos hecho una oferta voluntaria para poder legalizar la ocupación. Ya el juez tendrá que determinar si los documentos que nosotros tenemos son reconocidos o no por el Estado colombiano, porque seguimos argumentando que somos propietarios legítimos de estas tierras, a pesar de estar demandados por estar en ellas como ocupantes. Consideramos que podemos algún día ser reconocidos como los legítimos dueños porque para los jueces los documentos más antiguos son los más relevantes en el reconocimiento, y nosotros tenemos escrituras que desde el siglo XVII dicen que somos de aquí, que esas tierras hacían parte del Gran Resguardo Colonial de Ortega y Chaparral, y lo podemos mostrar. ¡Somos dueños ancestrales de estas tierras!

Un indígena sin comunidad y sin territorio no es nadie

¿Que si nosotros decidimos tomarnos el territorio? ¡Sí! Nosotros tomamos la iniciativa de recuperar el territorio, porque es necesario. Un indígena sin territorio no es nadie. Nosotros tuvimos reconocimiento como parcialidad Palmira Alta en el año 2007, por un proceso político. Hicimos una negociación política porque mirábamos que con las luchas y los paros no se avanzaba dentro de la organización, y a la fecha de hoy no se ha avanzado. Hay parcialidades o comunidades que siguen sin registro en la Dirección de Asuntos Indígenas (Ministerio del Interior), y para nosotros eso es como la cédula que nos permite afirmar esa condición de indígena, porque indígena sin tierra es como hijo sin mama.

El proceso de la parcialidad Pijao de Palmira Alta se inicia el primero de diciembre de 2005, a través de una negociación política con el extinto senador

conservador Luis Humberto Gómez Gallo. Y el 20 de octubre de 2007 se nos da la resolución por parte del Ministerio del Interior. Nos había salido inicialmente en mayo de 2007, pero desafortunadamente era un proceso de cinco parcialidades y nos reconocieron solamente a tres (Cacique Yaima, Cacique Kalarcá y Palmira Alta), todas con certificados individuales. Pero por fuera se quedaron Pijao de Oro y La Unión. Ellos se quedan porque cuando vino a San Antonio un antropólogo a analizar y determinar la situación de estas comunidades, ve que son parcialidades compuestas, es decir, que no encuentra lazos familiares ni de consanguinidad entre los miembros. No encuentran una relación de conjunto. Fue por eso no les dieron la resolución inicialmente, aunque tampoco se las negaron.

Ahí nos tocó retomar el proceso, para que nos reconocieran a esas otras comunidades. Volvimos a iniciar esa lucha y finalmente, el 27 de octubre de 2007, nos dan la resolución (colectiva) 0120 de 2007, en la que se integra a las cinco comunidades. Y digamos que eso es bueno estratégicamente, porque en algún momento la doctora Isabel Cristina Melo pidió que nos derogaran la resolución a nosotros los de Palmira Alta por la ocupación de los territorios en el Silencio-Cristalina, pero como es colectiva, entonces para derogar una deben derogarlas todas. Ese es un punto que a veces no tenemos en cuenta, pero es una fortaleza.

La verdad, esos dos años (entre el 2005 y el 2007) que le dedicamos a conseguir el registro de la comunidad fueron un gran desgaste, a pesar de tener palancas políticas y de haberle vendido el alma al diablo. Está uno tranquilo pensando que todo va andando cuando, de buenas a primeras, lo llaman a uno: que preséntese en tal lado, tal día, a tales horas. Fueron muy desgastantes esos años porque el Ministerio del Interior no tuvo la voluntad de formalizar las solicitudes. Pasaron dos ministros del Interior, el doctor Sabas Pretelt de La Vega y Carlos Holguín Sardi, y nada, allá nos fueron dilatando el proceso. Ya a lo último le pedimos al senador Gómez Gallo que nos cumpliera, que nos ayudara, porque ese había sido el compromiso, y él se fue a presionar allá en el ministerio y les dijo: “bueno, ¿me cumplen o no me cumplen?, porque yo tengo esta gente encima”. Entonces, parece que el ministro Holguín citó a la directora de Asuntos Indígenas y le dijo que ordenara el estudio antropológico para el municipio de San Antonio. Y así fue como nosotros sabemos que llegaron los antropólogos a mirar si era cierto que aquí se podían constituir comunidades con población Pijao. Y sí se podía.

Y se viene ese estudio. La parcialidad en ese momento estaba animada más por las ilusiones de beneficios y de derechos que por lo que tenían que aportar. Mucha gente buscaba más los derechos que los deberes, y cuando se comenzó a exigir compromiso, trabajo, resistencia, alguna gente se desmotivó. Eso fue en los puros

inicios, estoy hablando de los años 2003 a 2005. En los años 2005 y 2006 no se vio nada. Y entonces comienzan algunos con que "yo renuncio". Se salieron algunas familias. Pero cuando ya se nos otorga el registro como parcialidad indígena, en octubre de 2007, entonces ahí vuelve y se levanta con fuerza el proceso de la parcialidad. Yo digo parcialidad porque nosotros queríamos titularnos como comunidad, pero el antropólogo que hizo el estudio estableció que, por estar dispersos por el territorio, por no tener un sitio común de asentamiento, éramos más bien parcialidad. Esa es la diferencia. Pero cómo íbamos a estar en un mismo territorio, si no teníamos cómo. Por eso mismo hicimos la recuperación. El caso es que, en ese momento, ya teniendo la Resolución 0120/2007 que nos reconocía como parcialidades indígenas Pijao, arrancó el proceso de fortalecimiento, la recuperación del territorio y las negociaciones. Y por el otro lado, estaba el reto de tratar de trabajar conjuntamente con todas las familias vinculadas, para que se mantuvieran.

Fotografía 7. Comuneros de Palmira Alta en actividades organizativas.

Nunca ha sido fácil con estos gobiernos

¿Que por qué luchamos por estos territorios y no por otros? Escogimos siete fincas, ubicadas en las veredas El Silencio y La Cristalina, por su extensión y porque quedaban juntas. Las fincas en sí son pequeñas, pero juntándolas hacen unas 350 hectáreas. Esas fincas las miramos para la recuperación porque es que nosotros no encontrábamos en la vereda Palmira Alta un predio grande con esas características, y mucho menos abandonado. Entonces vimos la posibilidad y realizamos la recuperación allá en el Silencio-Cristalina.

La cantidad de familias vinculadas al proceso en ese momento llagaba a 76. Nos habían dicho que ese predio tenía más o menos unas 400 hectáreas, pero lo que nosotros tenemos medido son 350, porque cuando llegamos ya había ocupación de algunos campesinos que habían entrado por las diferentes veredas vecinas. Cuando nosotros llegamos, delimitamos el predio y eso es lo que está en proceso. No sé cómo se vaya a hacer, si la doctora Isabel Cristina Melo –quien dice ser, junto con sus hermanos, la poseedora de los derechos notariales del predio– les va a regalar eso o no a los campesinos que ya estaban posesionados. Pero nosotros ya medimos el predio, y esa parte es donde estamos es por lo que respondemos.

Nunca con estos gobiernos ha sido fácil. Lo que tenemos lo conseguimos a punta de luchas, incluso, de poner muertos. Esa es la historia de nosotros, desde 1492. Y con los gobiernos actuales estamos peor. Tenemos los derechos escritos, pero no los aplican; nos toca lucharlos de otras formas, casi todo y casi siempre, por la fuerza, por las vías de hecho.

Cuando llega el año 2009 y la doctora Isabel Cristina nos hace la oferta voluntaria para que reuniéramos los requisitos ante el Instituto Colombiano de Desarrollo Rural (INCODER), les pasamos los documentos, les radicamos la solicitud, y nos responde el INCODER que como ya cumplíamos con todos los requisitos, quedaba pendiente la asignación presupuestal. Se llega el año 2011 y no se vio la tal asignación. Mandamos un derecho de petición y entonces nos responden que había que llenar un formulario. Dilatan la cosa. Ya de aquí quedamos por voluntad de pueblo. Y llego yo al Concejo Municipal –donde estuve como concejal dos periodos, entre los años 2012 a 2019–, y empiezan otros líderes a presionar por realizar tomas de las tierras frente a la negligencia de las autoridades sobre el tema territorial para los indígenas.

La verdad, yo no estuve de acuerdo con esa propuesta. Yo consideraba que ya había una negociación y confiaba en la parte política. El caso es que el 11 de enero del 2016, previo acuerdo con la doctora Isabel Cristina Melo, la comunidad tomó la

decisión de ingresar a los predios Silencio-Cristalina mediante las vías de hecho. La gente se metió a pesar de que, como yo argumentaba, eso ya estaba hablado con la doctora Isabel y ella estaba de acuerdo. Pero la asamblea de la comunidad en su mayoría aprobó la recuperación, y como ya las mayorías decidieron eso, pues vamos pa' allá.

¿Que cuáles eran nuestros miedos al momento de recuperar el territorio? Primero, que empezáramos a recibir amenazas. También pensábamos en la forma como en el pueblo se recibieran esas acciones, porque son asuntos delicados. En ese momento yo animé a los que dijeron que no a la recuperación, pero ya éramos minoría y consideré que teníamos que ser respetuosos y coherentes con los resultados de la decisión colectiva frente al proceso de recuperación. Yo no podía participar directamente de este proceso, porque era concejal del municipio y tenía un riesgo jurídico, pero yo en ese momento estaba apoyando cada machetazo que se daba en ese territorio. Yo me cuidaba, porque los servidores públicos y contratistas del Estado no podemos participar directamente en esos "procesos de rebelión", pero como líder siempre estuve apoyando las decisiones de las mayorías.

Ese día llegamos e inmediatamente se toma la finca. Algunos campesinos vecinos de la vereda El Silencio fueron los primeros en oponerse. Un compañero de la comunidad Pijao Cacique Calarcá, que fue presidente de la junta de acción comunal de la vereda, fue de los primeros que se atravesaron para no dejarnos pasar. Pero resulta que cuando ellos se dieron cuenta, nosotros ya habíamos entrado por todos los lados: unos por la vereda El Silencio, otros por La Cristalina. Cuando ellos se dieron cuenta, ya los otros estaban armando rancho y empezando los trabajos. Eso se había definido en las reuniones previas, que cada uno llegara por donde quisiera o por donde pudiera, pero que llegáramos en masa. Y así fue... llegamos a las nueve de la mañana y nos posesionamos del territorio.

Al gobernador de la parcialidad le tocó negociar lo que pasaba allá. La comunidad campesina finalmente se retiró y ahí continuamos con el proceso de recuperación. Luego se vino el contrapunteo con los aserradores. Allá hay unas selvas vírgenes y eso sonaban motosierras por aquí y por allá. Madera botada por todas partes. De las veredas vecinas explotando la madera de esos territorios, sobre todo de las veredas El Silencio y El Lugo. Era demasiada la extracción de madera ahí, uno encontraba árboles a medio aserrar por todos lados. Entonces decidimos parar eso, y ahí empieza el conflicto con los aserradores, que ya hemos logrado superar.

Fotografía 8. Actividades comunitarias en la parcialidad Palmira Alta del pueblo Pijao.

El problema con los aserradores

Ese problema con los aserradores fue muy duro los dos primeros meses de la recuperación, entre enero y febrero del 2016. Ahí nos tocó asentarnos a la mayoría. Cuando los aserradores vieron que de verdad nos quedaríamos ahí, empezaron a salir. Algunos de esos árboles derribados se aprovecharon para construir unas casitas. Por ahí a veces sigue el complique, porque cuando se va la guardia indígena que vigila el territorio, se nos vuelven a aparecer. Cuando eso pasa, yo como gobernador les digo a los guardias que se reúnan, que vayan y tomen fotos de esas actividades y que salgan, que no entren en conflicto con los aserradores. Muchas veces cuando la guardia llega

a hacer verificaciones ya no hay motosierras, pero encuentran el aserrín y la trocha por donde bajan la madera para la vereda El Silencio. También hemos encontrado que pican los árboles y los dejan ahí para que el viento los tumbe y después sí arrastrarlos. Lo que creemos es que muchas personas de la región no han entendido nuestro proceso, que tiene como objetivo central cuidar el territorio.

Como muchos integrantes de la parcialidad no habitamos el territorio, nos queda difícil estar pendientes de estas situaciones; por eso nos amparamos en los compañeros que viven permanentemente ahí, para que nos están avisando cuando escuchen motosierreros. Eso ha funcionado bien en el último año. Los compañeros se reúnen, van, toman fotos y nosotros miramos cómo hacemos las denuncias y los llamados de atención. Hace ya como un año se paró el aserrío. Es que para nosotros los Pijaos eso de que anden cortando el bosque (el joke), cortando los árboles, no es un juego. Dentro de nuestro reglamento interno está que debemos proteger los bosques y las fuentes hídricas, que para nosotros son seres vivos.

Aquí estamos dando el pleito jurídico

Frente al tema jurídico que tenemos que enfrentar por recuperar nuestros territorios ancestrales, un juez de garantías nos dictó hace unos años un *status quo* (un fallo judicial) para que se paren los procesos de rocería y otras actividades que se estén haciendo allá, hasta cuando un juez de conocimiento determine quién es finalmente el "dueño" de esas tierras. Lo que pasó es que ese juez no pudo definir si la tierra era de los demandantes o de los demandados. Los supuestos "tenedores con derechos notariales" de esas tierras son la doctora Isabel Cristina y sus hermanos (Hugo, Marta y José Cayetano Melo Perilla).

¿Que por qué ellos tienen esas tierras? No sabemos a ciencia cierta, pero hasta donde se ha podido investigar, las tierras del Silencio-Cristalina, que son las que tenemos nosotros posesionadas como parcialidad indígena Palmira Alta, todas no fueron compradas. Nosotros revisamos los títulos existentes de cada una de las siete fincas ocupadas (todas de los mismos "dueños"), y unas se encuentran con certificados de libertad y tradición, otras tierras fueron adjudicadas como baldíos y algotras aparecen como "compra de mejoras", más no como compras de predios, como debería ser. O sea, los hermanos Melo Perilla no tienen un título real que puedan demostrar que en realidad esas tierras fueron adquiridas por negociación de compra y venta.

Revisando los títulos que emite la oficina de instrumentos públicos, se puede decir que hay lo que se llama "falsa tradición", porque las compras se inician a raíz de "mejoras". ¿Qué quiere decir mejoras? Pues que a ellos les vendieron un trabajo, un esfuerzo, una mejora realizada en esos predios, más no las tierras. Un ejemplo: si yo

llego a la finca de un compañero y siembro un cultivo, y luego le vendo ese cultivo a otro compañero, pues yo le vendí fue las mejoras, más no el título de la tierra. Y es así como están adquiridas esas tierras, según dicen los certificados de tradición y libertad de algunos de esos predios. Y a eso súmele otro problema: esos predios aparecen como heredados a la familia Melo Perilla, y eso complica el caso. Pero a pesar de todas esas circunstancias nosotros seguimos insistiendo en que esas tierras, por tener esa condición de "falsa tradición", tienen dueños diferentes a quienes dicen serlo.

Luego del *status quo* que nos da el juez de garantías, a la doctora Isabel Cristina se le ocurre llevarnos ante juez penal, quien revisa el fallo del juez de garantías en la segunda demanda –porque ya llevamos dos demandas por el mismo hecho–, quien ordena levantar el *status quo*, lo que es perjudicial para nosotros los demandados ya que permite que los "reclamantes con derechos notariales" abran rocerías y continúen el trabajo que nosotros veníamos haciendo.

En este momento tenemos otro proceso en la Fiscalía 28 de Chaparral, donde nos acusan de delitos ambientales, ¡hágame el favor!, si hemos sido nosotros los defensores de esos territorios. Ese es un proceso que llevamos desde el año 2018, y hasta la fecha la investigación está en la fase de acreditación de pruebas y testimonios. Son cuatro delitos los que nos imputan: destrucción y desaparición de fuentes hídricas, desaparición de recursos naturales no renovables, incendio de la hacienda y ocupación de bien ajeno y destrucción de la infraestructura. Nosotros estamos presionando para que nos demuestren esos delitos, cuál incendio, cuál destrucción del ambiente, pero las pruebas que los demandantes han llevado a la fiscalía no son contundentes, y eso es porque no las hay, simplemente porque no hemos hecho nada de eso que dicen los demandantes.

Cuando nosotros llegamos allí, la casa de esas tierras de El Silencio ya no existía. Existía una parte de La Cristalina, y eso porque un yerno de don José Jamir Melo –el padre de los cuatro hermanos Melo Perilla– le dejó la facultad al compañero Antonio Mendoza (QEPD) para que trabajara y cuidara ahí. Pero la casa de El Silencio desapareció, la estructura que hay nosotros la techamos para que no se acabara de caer, y lo que encontramos ahí sigue tal cual como estaba, porque no hemos movido ni renovado nada de eso. Ahí está lo mismo, solamente que techado. Nosotros con el abogado de la Defensoría del Pueblo ya levantamos evidencia documental de todo eso, y estamos esperando a ver cómo continúa el proceso.

También estamos con un proceso en la Unidad de Restitución de Tierras. Ese es el cuarto proceso jurídico, fuera de los policivos que tenemos encima. Y ahí estamos dando el pleito jurídico. Vamos avanzando a ver hasta dónde llegamos. Ya llevamos

siete años de posesión. Y para eso esperamos quinientos años. Pero lo importante es que logramos llegar al objetivo, que es recuperar parte del territorio ancestral del pueblo Pijao.

Recuperar nuestros resguardos coloniales

El pueblo Pijao cuenta con una escritura colonial, la número 657, que fue otorgada en 1621 por la Real Audiencia Española, y que es el instrumento jurídico más importante que tenemos en la lucha por nuestros territorios ancestrales. Ese es el título inicial que nos es otorgado no por benevolencia de los invasores, sino porque nuestro pueblo Pijao en esos años del siglo XVII se toma el camino real que iba para Popayán, y allá ejecutan a unos mercaderes españoles. Y como el conflicto es por la resolución de los territorios, entonces la Real Audiencia toma la determinación de otorgarles un resguardo, que se formaliza mediante las escrituras 657 (el Gran Resguardo Ortega Chaparral) y 125 (resguardo de los Natagaimas y Coyaimas), las dos de 1621. Prácticamente esas dos escrituras cobijan lo que hoy en día el pueblo Pijao reclama como sus territorios ancestrales, que frente a los territorios originarios no dejan de ser un área reducida, porque ellos cobijaban lo que es el departamento del Tolima, pero también partes del Valle del Cauca, de Cundinamarca y del Huila.

Ese proceso de los resguardos coloniales lo vamos a llevar ante los jueces de tierras. ¿Cuál es la idea? Lo primero es que nos pongamos de acuerdo todas las comunidades, parcialidades y resguardos Pijaos para hacer una misma reclamación, porque yo creo que deberíamos de tener un idioma común o, por lo menos, muy cercano, porque es el mismo proceso, es el mismo pleito por el mismo territorio. Y eso tiene que comprometernos con el conocimiento a profundidad de esos recursos jurídicos, de esas escrituras, para no andar enredándonos.

Y tenemos que ponernos de acuerdo en las exigencias frente a las instituciones, porque igual en las escrituras hay datos geográficos muy ambiguos o contradictorios sobre los linderos del Gran Resguardo Ortega y Chaparral. Es que en esa época el sistema para saber los límites eran los sitios geográficos, y por eso tenemos que mirar y definir claramente hasta dónde llegamos para cuando se nos venga el tema de aclaración con el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC), que es la entidad que tendrá que hacer la cartografía a partir de los linderos contenidos en las escrituras.

Yo alcancé a abrir un proceso de acción popular, lo llevé al Tribunal de Cundinamarca donde estoy haciendo el reclamo por la devolución al pueblo Pijao del Resguardo Colonial de Ortega y Chaparral (escritura 657), y de las tierras que tenemos en posesión ahora mismo. Lo llevé bien en el Tribunal de Cundinamarca, pero cuando lo fueron a pasar al Consejo de Estado, entonces pidieron firmas, registros de la

Dirección de Asuntos Indígenas del Ministerio de Interior y otras cosas más que se tenían que hacer en cinco días hábiles. Y ahí se fregó todo porque nos pasamos de la fecha y se nos cayó el proceso en el Consejo de Estado. Este año he querido volver a levantar ese mismo proceso y volver a iniciar por tribunal la acción popular, porque creo que puede ser una herramienta muy útil para recuperar nuestros territorios ancestrales.

Hemos cometido errores, claro que sí. Pero es que cuando uno se mete de líder son muchos los sacrificios que tiene que hacer. A veces uno se va a hacer una diligencia un día, pero si le tocó dedicarle una semana, pues le tocó. Por ejemplo, de esa forma conseguí la Escritura Colonial 657/1621 y el certificado de libertad y tradición de esa escritura, que está en el municipio del Guamo (Tolima) donde se realizó, en el año 1917, la matrícula de ese territorio que es el Gran Resguardo de Ortega y Chaparral. Yo me fui con disponibilidad de dos días para ir al Guamo a solicitar el certificado de libertad y tradición, y luego pasar a la Notaria Cuarta de Bogotá a solicitar la escritura. Pero me demoré casi una semana yo dando vueltas y esperando a que me entregaran los documentos. Es que para poder tener el territorio han sido muchos los sacrificios y las luchas que nos han tocado.

Fotografía 9. Reuniones organizativas del proceso indígena de la parcialidad Pijao de Palmira Alta.

Intentos de negociación del territorio

¿Y todo esto para qué? Uno pensaría que es para poder vivir como Pijaos en nuestros propios territorios ancestrales, pero es que estos procesos son complejos y a veces las cosas no salen como uno las va pensando. Por ejemplo, a veces es difícil hacer entender a los mismos compañeros todo lo que significa el territorio para nosotros los Pijaos. En la comunidad hay todavía muchas familias que miran la tierra como una fuente de riqueza, pero estamos intentando que se vea de otra manera, como fuente de producción, sí, pero como mucho más que eso.

Ahora mismo, de las 70 parcelas que tenemos solamente 26 familias están trabajando con fundamento. En las otras parcelas los comuneros llegan y le meten dos días de trabajo al año. La verdad, en estos dos últimos años hemos tenido el objetivo de recoger esas parcelas y volverlas a reasignar, para que otros las trabajen, pero eso es un proceso largo y complicado, porque son procesos jurídicos, y para ponerse uno a hacer todo eso de recoger las parcelas, discutir, reasignar... Es que estamos muy apretados de tiempo y en veces nos falta apoyo de los mismos directivos para llevar a cabo estas acciones. Es que el asunto de la participación y el compromiso de la gente es complicado en estos procesos. Sobre todo, pensando en lo que vamos a hacer en el futuro, porque nosotros luego de tener la resolución como parcialidad en el año 2007, nos propusimos que el siguiente paso fuera gestionar el resguardo.

En esa época me acerqué a la doctora Isabel Cristina para saber qué posibilidades había de negociación, cómo podíamos hacer para que el Instituto Colombiano de Desarrollo Rural (INCODER) les comprara a ellos y nos asignaran esas tierras a nosotros. La doctora Isabel me dijo que ella firmaba la oferta voluntaria y, efectivamente, la firmó. Incluso me hizo la oferta voluntaria de la finca Las Delicias, que es la que tienen ocupada los compañeros del Resguardo Indígena San Antonio de Calarma desde el año 2001. Ella me dijo: “le ofrezco las tierras de Las Delicias para cualquier comunidad, menos para la gente que está en el resguardo, los que ahora están en posesión”. Por supuesto nosotros no aceptamos, porque respetamos y apoyamos el proceso de los otros compañeros Pijaos. Derechamente, en esa oferta nosotros dejábamos por fuera al resguardo, que son los que tienen posesión de esas tierras hace más de 20 años.

Ese documento, la firma de una oferta voluntaria de venta de las fincas que nosotros ocupamos por parte de los hermanos Melo Perilla, ha sido otra herramienta dentro de la lucha jurídica para nosotros detener los operativos policivos de desalojo y todos esos procesos que hemos tenido que enfrentar, luego de que quienes se declaran como reclamantes con derechos notariales (o “propietarios”) desistieran de

las negociaciones. Pero a pesar de ese desistimiento, hubo una negociación, incluso hay un documento firmado y notariado por la misma doctora Isabel Cristina en la Notaría Cuarta de Ibagué, en el que expresan su acuerdo de querer vendernos esas tierras voluntariamente. Entonces qué nos tocó hacer, pues entutelar, para que se respeten esos acuerdos y los derechos que tenemos como ocupantes.

Es más, en las negociaciones que estábamos haciendo con ellos se llegó a hablar incluso de que nos entregaran las fincas en comodato, porque en ese momento lo que necesitábamos era entrar a trabajar y darle valor al territorio, para que así mismo el INCODER les pagara a ellos la tierra. Eso fue en diciembre de 2015; la doctora y los hermanos aceptaron esa propuesta del comodato y quedaron de firmar un poder para la formalización. Pero, miren cómo son las cosas, el gobernador del momento ese día precisamente se embolató con otras cuestiones y no gestionó el documento. Pues resulta que luego los Melo se arrepintieron del comodato y quedamos como al principio. Donde el gobernador se traiga el documento ese día, habríamos avanzado más rápido en este proceso de formalización de los territorios, porque si los tenemos desarmados con un documento de oferta voluntaria notariado por ellos mismos –a pesar de la retractación–, imagínese donde ellos nos entreguen ese otro documento de comodato. Habríamos avanzado más rápido y más fácil.

Nada nos ha salido gratis y menos fácil

Nosotros entramos a las fincas ocupadas el 11 de enero del 2016, y ya en agosto pagamos a dos topógrafos para que nos parcelaran los predios. La recuperación es un territorio colectivo, claro está, pero decidimos parcelar y hacer entrega para que cada quien fuera trabajando y, de esa forma, poder compartir más fácil los trabajos y entrar a limpiar todos esos terrenos. Esas son fincas que tenían muchos años de abandono, por lo que nos quedaba muy duro para trabajarlas comunitariamente como pensábamos al comienzo. La idea inicial era abrir toda el área y proteger los nacimientos de agua, pero a nivel comunitario no aguantamos, pasaron los meses y no habíamos hecho ni la décima parte. Entonces decidimos parcelar y que cada familia se pusiera a trabajar.

Y también es estratégico porque la parcelación nos da a nosotros la potestad sobre la tierra, ya que establece que hay personas, familias concretas trabajando allí. Nosotros esos mismos planos que nos dieron los topógrafos se los hicimos llegar a la Unidad de Restitución de Tierras, y con eso afianzamos el proceso de recuperación, porque ya no es un solo cabildo, sino que hay poseedores de parcelas. Colectivas hay diez hectáreas y el restante, de a dos hectáreas para cada familia.

Actualmente en este territorio recuperado hay cinco familias viviendo permanentemente. Hay otros que suben una semana y otra no. Algotros tenemos un plástico dónde acampar, pero estamos trabajando seguido. Miren, en las comunidades hay grupos familiares, así como somos los Pijaos que tenemos clanes, y ellos tienen igual número de parcelas por familia. Allá construyen una piecita y se rotan la estadía para trabajar su parcela. Incluso hay varias familias que llegan a la misma vivienda por una o dos semanas y se van rotando, porque no hay recursos para construir las casas de cada quien, eso es muy costoso.

Mejor dicho, para nosotros todo lo que tenemos ahí en esa recuperación ha sido costoso. Nada nos ha saludo gratis y menos fácil. Llevamos siete años defendiendo nuestra recuperación, y ahí seguiremos resistiendo, sabiendo que ese tema del desconocimiento de nuestros derechos territoriales no es lo único que pasa por aquí. Hay otro tema que para mí es muy importante en la actualidad, y es el del proceso de concesiones mineras en el territorio en recuperación.

Para nuestra sorpresa, hay un documento en la Unidad de Restitución de Tierras que señala que hay otorgadas licencias ambientales para exploración y explotación de minerales en nuestro territorio recuperado. Esas licencias no están todavía en operación, pero están las licencias. Ese es un asunto que tenemos que empezar a trabajar fuertemente aquí en el municipio de San Antonio, porque es otro de los peligros grandes que viene afectando a la madre naturaleza.

Descendemos de guerreros y el guerrero no es manso

A los habitantes de San Antonio y, en general, a los del sur del Tolima se nos mira como unas personas violentas, recias, dominantes e, incluso, sangrientas, pero hay que tener en cuenta que eso hace parte de nuestra genética, eso es derivado de nuestros antepasados guerreros Pijaos. Venimos de una raza bravía. Por eso por aquí en San Antonio era natural, hace treinta años y más, que la gente arreglara los problemas con machete y cosas así. Decíamos nosotros, como adagio popular de hace unos años, que las ferias del pueblo habían estado malas cuando no había muertos, porque lo mínimo era que aparecieran tres o cuatro cadáveres en cada feria. No es para llenarse de orgullo, es bueno que eso se haya corregido y la gente haya dejado de matarse entre sí, aunque a veces sigue pasando, pero no hay que desconocer que descendemos de esos guerreros, y el guerrero no es manso.

Es que nosotros venimos de la Sangre del Cacique Calarcá, que se destacó por ser el último gran guerrero Pijao. La cuna del Cacique Calarcá era este municipio de San Antonio, en lo que hoy son las veredas Jardín y Calarma. Ahí era donde él tenía su bohío, su maloca, y fue uno de los más grandes Mohanes o médicos ancestrales

conocidos del pueblo Pijao. Se habla que en esta Cordillera o Serranía de Calarma donde estamos ubicados –que en esa época (siglo XVII) era conocida, no sé por qué, como la Cordillera de Órganos–, los Pijaos tenían lo que hoy sería una la escuela de Mohanes, una escuela de medicina ancestral.

Calarma era el nombre del padre del Cacique Calarcá, y todos estos lugares hacían parte de la provincia donde ellos habitaban. En esa época, la provincia que lideraban estos caciques encerraba las estribaciones de la cordillera de Calarma bordeando el plan del municipio de Ortega hacia el municipio de Chaparral, cerrando con el río Cucuana. Y por el sur llegaban hasta lo que hoy es el departamento del Huila.

La causa del Cacique Calarcá se dio casi un siglo después de la llegada de los invasores españoles a estos territorios, y después de que las comunidades o tribus Pijaos del norte ya habían sido sometidas. Cuando ya estaban posicionados los colonos españoles por el lado de Chaparral, se dice que Calarcá realizó un ritual que consistía en secar al sol ameros de chócolo, la cáscara del maíz, tres días antes de la luna llena. Hacia el mediodía del plenilunio se quemaban los ameros ya ritualizados. El color de las cenizas significaba cómo les iba a ir en las guerras a los Pijaos. Si las cenizas eran negras u oscuras les iba muy mal, y era un aviso para interrumpir la misión. Si quemaban entre grises o casi negras, les iba regular, pero con posibilidades de triunfar; y si las cenizas quemaban blancas, contaban con el triunfo asegurado. Eso era lo que simbolizada ese ritual. El Cacique Calarcá obtuvo ese día unas cenizas negras, pero como era un guerrero tan aguerrido, decidió atacar el fuerte militar de Chaparral, ya que sabía que el gobernador español Juan de Borja se encontraba enfermo. Él consideró que debían aprovechar esa oportunidad y desconoció los resultados del ritual de guerra.

Calarcá ya estaba acostumbrado a derrotar a los españoles. Ya había atacado varios fuertes en Ibagué, en Natagaima y ahora el de Chaparral. Él pensó que, al estar Juan de Borja con esas condiciones de salud, iba a ser más fácil. Pero sucedió tal cual se lo habían predicho los dioses: la mayoría de los guerreros Pijaos de la expedición que llegó a Chaparral terminaron muertos, decapitados, y sus cabezas fueron colocadas en los postes que encerraban el fuerte militar español, con el fin de escarmentar y atemorizar a los demás Pijaos. Calarcá alcanzó a llegar hasta la habitación de Juan de Borja, pero un esclavo negro lo detuvo el tiempo suficiente para que el enfermo cargara una pistola con balas envenenadas y le disparara. Herido, Calarcá se retiró hacia este, su territorio, con unos pocos guerreros que habían sobrevivido a la fallida incursión. Y ahí empieza otra parte de esta historia porque, ¿cuál era la fortaleza del indígena Pijao?, pues que mientras el cacique se mantuviera

en pie, se hacía matar hasta el último guerrero, pero al caer el cacique, todo el mundo huía despavorido. Y eso sucedió en esta oportunidad.

Cuando Juan de Borja recupera la salud, ya ha pasado algún tiempo del intento de Calarcá de tomarse el fuerte militar. De Borja decide enviar una expedición hacia Ibagué por el valle del río tetuán que conduce a San Antonio, y en el camino no encuentra ninguna resistencia, es más, no encuentra presencia indígena, porque los pocos guerreros que quedaron de la expedición de Calarcá tuvieron que esconderse. Es ahí donde los cronistas españoles dicen en sus relatos que el pueblo Pijao había desaparecido, como ya habían notificado antes el sometimiento de los Coyaimas y Natagaimas que habitaban el plan del sur del Tolima. De esta forma los Calaramas, los Pijaos que habitamos la cordillera de Calarma y somos descendientes de Calarma y de Calarcá, fuimos desaparecidos de la historia.

Pero esos expedicionarios y esos cronistas no tuvieron en cuenta que en este territorio quedaron mujeres, niños, y algunos pocos guerreros. Ellos no desaparecieron ni tampoco se enterraron, porque en esa época había una costumbre donde los guerreros eran enterrados con su esposa y sus hijos, pero como esta vez había sido muertos y decapitados en Chaparral, quedaron ocultas las esposas e hijos aquí. Y esa es la descendencia que tenemos Pijao aquí en San Antonio. Entonces podemos decir que los Pijaos de San Antonio no fueron colonizados, porque ellos estuvieron ocultos sin que los españoles lograran siquiera saber que andaban por aquí. El problema de eso es que fuimos desaparecidos de la historia y entonces por eso ya nadie cree que por aquí estamos esa descendencia.

Siempre hemos estado aquí. Tanto es así que cuando Pedro Miccus, el colono italiano que dicen que fundó el municipio (en 1915), construyó las primeras casas en estos parajes, no duró mucho tiempo porque una de sus hijas se enamoró de un indígena y eso él no lo podía permitir. Miccus viendo esa situación, cogió a su esposa, hijos e hijas y se fue de por aquí. Como dice el dicho, anocheció pero no amaneció por aquí. O sea, dejó el caserío fundado y lo abandonó para evitar los amores de su hija con un indígena.

Hay que decir también que el Cacique Calarcá era uno de los Mohanes más fuertes que ha existido, porque él usaba su poder de la medicina ancestral para atacar a otros caciques y a otros pueblos. Incluso la población indígena de aquí de San Antonio es tan diversa porque el Cacique Calarcá atacaba a otros pueblos indígenas y obtenía como premio las piedras preciosas, el oro y las mujeres. Aquí en San Antonio hemos identificado descendencia Gualí (etnia que ya no existe), Muiscas, Nasas, porque donde quiera que iban y atacaban se traían a las mujeres como parte del botín.

Y por eso tenemos esa diversidad genética sanantoniana. Porque si uno mira la población de Coyaima, casi todos son hechos como al mismo molde, mientras que, si se mira bien, la población Pijao de San Antonio somos diferentes el uno del otro en la estatura, en la forma física y todo eso. Entonces, ese mestizaje entre grupos indígenas más la suma de la sangre española que también está presente, da toda esta diversidad.

Hay muchas otras cosas y conocimientos en esta historia, pero es mejor no contarlas, que no se conozcan. Pero todo esto que he contado es bueno que quede claro, porque como Calarcá fue el último de los grandes guerreros Pijaos todo el mundo lo quiere adoptar. Pero él es de acá de San Antonio, esta era su provincia, igual que la de su padre y la de nosotros, sus descendientes, que todavía vivimos aquí en la Cordillera de Calarma o de Órganos, donde estamos conversando.

***

El grupo va terminando sus últimas bebidas. El gobernador hace conciencia de la hora, agradece y se despide, anotando la importancia de estos encuentros para recopilar la historia del pueblo Pijao. Mira nuevamente la hora y comenta que va demorado para otras actividades. Se despide efusivamente del grupo y se dirige hacia el parque principal de San Antonio de Calarma.

El grupo que queda, Diana, Jerónimo, Pedro y Andrés, comenta lo interesante de la entrevista. Y lo necesario de este ejercicio en el momento de lucha actual del pueblo Pijao en el municipio, ya que se requiere fortalecer los conocimientos propios, los antiguos y los actuales, para seguir con el proceso de recuperación de Ima, la Madre tierra Pijao.

Este diálogo es el germen de lo que terminó convirtiéndose en un programa de radio, Tejiendo Pensamiento Pijao. De esta conversación en particular con el mayor Luis Alberto Hernández, gobernador de la parcialidad indígena Pijao Palmira Alta, salió el primer programa de radio, y hoy confluyen en él las ocho comunidades Pijao del municipio. También contribuyó a la consolidación del grupo de investigación y Educomunicación de RISC que lidera la edición de este libro, el cual tiene como antecedente un trabajo de diálogos testimoniales con los mayores del RISC que se viene realizando desde hace algunos años. Karey karey.

PARTE TRES

OTROS OLVIDOS, OTRAS MEMORIAS
personajes, espacios y reflexiones a propósito de San Antonio de Calarma

Germán Guzmán Campos

Pionero de la sociología rural en Colombia

Néstor Camilo Garzón Fonseca y Fernando Torres Milán
Educadores e investigadores sociales

Fotografía 10. Dos jóvenes combatientes que se reinsertan cuando Germán Guzmán Campos era Asesor Técnico de la Oficina de Rehabilitación de la Presidencia de la República (1958-1962). (Archivo virtual GGC, Universidad del Valle).

Germán Guzmán Campos nació en una familia campesina el 20 de diciembre de 1912, en la población de San Antonio de Calarma, cuando esta pertenecía al municipio de Chaparral (Tolima). Hijo de Fermín Guzmán Aguiar y Soledad Campos Salazar, hermano de Ángel Alberto, Soledad, Fermín, Marco Fidel, Blanca y Jorge. Pasó sus primeros años como cualquier niño de la época, en contacto con la naturaleza y con la dura realidad del campesinado. Sus altos anhelos lo llevaron a buscar una realidad diferente y lo consiguió a través de la educación.

Aprendió a leer gracias a una maestra particular que lo adiestró en su casa y aprobó la primaria en la escuela de San Antonio, donde estudió con el maestro chaparraluno Rafael Rocha. Luego va al Seminario de Ibagué a hacer estudios de bachillerato y los que se requería para el sacerdocio. Terminada su carrera eclesiástica, es designado como cura auxiliar en Purificación; luego fue profesor del Seminario de Ibagué, para de allí pasar como rector al Colegio Tolimense.

Siendo párroco de Fresno (Tolima), emprende un estudio socioeconómico de los pequeños caficultores, buscando comprender su identidad, sus vínculos de unión y la discordia política entre liberales y conservadores. Estando al servicio de la Catedral de Ibagué escribe la monografía: "Situación social del campesinado en las regiones de Purificación y Prado". Fue también asesor de la Cooperativa de Agricultores del Tolima y de la Unión de Trabajadores del Tolima (UTRATOL), y con el apoyo de la gobernación y de la diócesis del Tolima investiga sobre el conflicto violento en ocho municipios del norte del departamento. Con la alcaldía municipal de Fresno lidera el trabajo de promoción de la vereda de La Aguadita.

Dado el conocimiento del campesinado y de la violencia que le arrebataba sus vidas y sus tierras, es llamado por la Junta Militar (1957-1958) a ser miembro de la Comisión Nacional Investigadora de las Causas de la Violencia en Colombia. La Comisión se desplaza a las regiones más afectadas con el fin de escuchar a los diversos actores de la violencia, documentar los hechos, organizar archivos, promover pactos de paz, etc. Durante este tiempo, Guzmán fue confesor de guerrilleros, bandoleros, soldados, amnistiados, víctimas y victimarios, la mayoría hombres y mujeres del campo. Así logra un profundo conocimiento del desarrollo, la complejidad y las causas de la violencia.

Por esta razón es llamado por el presidente Alberto Lleras Camargo, en 1959, como Coordinador de Paz y asesor de la Oficina de Rehabilitación de la Presidencia de la República, con el fin de supervisar los proyectos de rehabilitación y reconciliación en las zonas de violencia. Para este fin asesora el "Estudio socioeconómico de la Comunidad de El Pato", zona de colonización en el Caquetá,

dirige la “Investigación socioeconómica sobre las zonas afectadas por la violencia”, y diseña el programa de Promoción de la Comunidad en El Líbano (Tolima). En 1960 el obispo de Ibagué, Mons. Rubén Isaza Restrepo, le encomienda la coordinación de la Gran Misión de Pacificación del Tolima, cargo que lo acercará aún más a las comunidades y al campesinado víctima de la violencia.

En 1961 se traslada del Líbano, donde era párroco, a Bogotá, invitado por la Universidad Nacional de Colombia para trabajar, junto con Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, en una investigación sobre la violencia en Colombia, de la cual se produce el libro con ese mismo nombre. Esta investigación fue el primer intento de reconstruir y explicar en profundidad el fenómeno de La Violencia y hacer un juicio de responsabilidades. La investigación y el libro tuvieron como fuente fundamental el archivo y las notas que tenía Guzmán acopiadas desde los tiempos de la “Comisión Investigadora”, y que ésta no hizo público.

Luego de la publicación del libro “La violencia en Colombia”, Guzmán decide quedarse en Bogotá contando con el permiso del obispo de Ibagué, Rubén Isaza. En la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP) imparte cursos sobre la reforma agraria, abordando temas como la organización de las comunidades, planificación, gestión de créditos, cooperativismo, mercadeo y economía agrícola y doméstica, zootecnia, psicología del campesino y sociología rural. En 1963 la ESAP publica su texto “Sociología rural”, una serie de conferencias dirigidas a líderes comunitarios, profesionales y técnicos de la reforma agraria en Colombia.

En 1964 dirige la Investigación: “Condiciones Sociopolíticas del Municipio de Cunday, Tolima” (Instituto Colombiano de Reforma Agraria, INCORA) y asesora el trabajo de campo de la investigación social sobre “Condiciones Socioeconómicas del Municipio de Cunday” (Universidad Nacional de Colombia). Asesora las investigaciones sobre la “Situación del Campesinado en la zona del Bajo Sinú (Córdoba)”, las “Colonizaciones en el Departamento del Huila” y el estudio sobre “Posibilidades Económicas de la zona de Monopamba (Nariño)”, para el INCORA.

Dicta los cursos “Sociología del desarrollo” (Instituto Colombiano para el Desarrollo, ICODES, Bogotá), “Promoción de la Comunidad” (División de Acción Comunal del Ministerio de Gobierno, Bogotá) y “Unidades de Acción Rural” en el Seminario Internacional de Reforma Agraria (ESAP, Bogotá). Entre 1963 y 1964 dicta cursos de sociología en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín y en las facultades de agronomía de la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional de Colombia, sede de Palmira (Valle del Cauca).

En 1964 fue invitado a ser miembro de la "Comisión de estudio socioeconómico para canalizar y evaluar la situación de la región de Marquetalia (Tolima)", con la que se buscaba impedir la "Operación Marquetalia" proyectada por el ejército, pero el arzobispo de Bogotá, Cardenal Luis Concha Córdoba, no permitió la participación de los sacerdotes (además de Guzmán estaban los padres Camilo Torres Restrepo y Gustavo Pérez Ramírez) y la comisión abortó, perdiéndose así una oportunidad para la paz.

En 1965 dicta los cursos: "Aculturación del migrante rural" en la ESAP (Bogotá, febrero de 1965) y "Factores de desadaptación del menor delincuente" en la Universidad INCCA (Bogotá, diciembre 5 a 15 de 1965).

Después de la muerte del padre Camilo Torres Restrepo en la guerrilla del ELN, en febrero de 1966, Guzmán se dedica a dar continuidad al movimiento político que él fundó, el "Frente Unido", y a la difusión de su pensamiento, motivo por el cual es perseguido por los organismos de seguridad del Estado colombiano, situación que lo lleva a exiliarse en México en el año de 1968. Allí trabajará como profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), hará postgrados en sociología agraria y en educación. Los últimos años de su vida los dedicará a la docencia en la Universidad Autónoma de Chapingo y en el Centro de Estudios del Desarrollo Rural de México. Muere en 1987 en la ciudad de México, a consecuencias de un infarto al corazón. Tenía 75 años.

Como sacerdote católico, fue pionero en cuanto a la apertura de la Iglesia al cambio social. Como sociólogo, fue pionero en la investigación crítica sobre la violencia en Colombia. Como escritor, elaboró la primera biografía que se conoce del padre Camilo Torres Restrepo, de quien fue su amigo y confesor. Como educador, fundó colegios en los que, como rector, implementó la participación estudiantil y ayudó de manera especial a la educación de las mujeres de su familia. Fue conocido como uno de los primeros curas rebeldes que en América Latina ayudarán a recuperar la esencia de la fe cristiana: EL AMOR SINCERO Y EFICAZ.

Memorias mayores

una huella en la historia sanantoniana

Neyi Lorena Ramírez Ome, bibliotecaria municipal

Mi nombre es Lorena Ramírez, bibliotecaria de la Biblioteca Pública Germán Guzmán Campos, del municipio de San Antonio, Tolima. Llevo en este oficio 7 años, de los cuales he aprendido demasiado de cada uno de los usuarios de todas las edades que nos visitan a diario.

El proyecto del libro *Memorias Mayores*, propuesto por el colectivo ComoLaCigarraRadio.com, se articuló a la actividad de "Tertulia y café" que se viene realizando en la biblioteca municipal hace tres años. Este es un espacio que convoca a adultos mayores de 60 años para realizar diferentes actividades. Con el proyecto Memorias mayores nos reunimos para contar experiencias y anécdotas de sus vidas en San Antonio. Los encuentros se realizan cada ocho días en las instalaciones de la biblioteca o en el hogar geriátrico, y son bastantes las experiencias significativas que nos pueden contar los y las abuelas. Lo que hacemos es generar espacios de encuentro y de escucha, para poder tener tardes de esparcimiento, donde nos recreemos y podamos despejar la mente.

Nos encanta la idea de este proyecto Memorias mayores, ya que nos hemos enfocado en las vivencias de los abuelos y abuelas relacionadas con el conocimiento de historia del municipio que, infortunadamente, ha tenido que padecer el conflicto armado y la violencia. Por eso es importante que los jóvenes de nuestro municipio interactúen con los más mayores, para que sepan lo que ha acontecido en el municipio en el que viven.

Realizar un libro sobre estos temas ha generado una expectativa bonita en el grupo, y sabemos que va a ser un aporte importante a la comunidad, sobre todo en lo que tiene que ver con el reconocimiento de los abuelos y de sus memorias, que a veces se encuentran muy olvidadas. Este libro será una huella muy bonita que dejan estos adultos en el municipio.

EPÍLOGO

“Callar es una forma de testimoniar”

Diálogo con Alejandro Castillejo Cuellar, ex comisionado de la Comisión de la Verdad

Andrés Felipe Ortiz Gordillo

Fotografía 11. Alejandro Castillejo Cuellar en lecturas rituales del Volumen Testimonial del Informe Final de la Comisión de la Verdad “Cuando los pájaros no cantaban. Historias del conflicto armado en Colombia”. (Foto: Redprodepaz Colombia).

La verdad sea dicha, fue muy fácil conseguir que Alejandro Castillejo nos concediera una entrevista. Un par de mensajes a Pablo, un amigo común, y listo. La respuesta fue clara: el profe Alejandro, quien reemplazó en la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad de Colombia al maestro Alfredo Molano Bravo cuando murió, no escribiría un texto para el libro, pero sí estaba interesado en hablar con nosotros, porque como que le pareció interesante el ejercicio testimonial que se realizó con mayores y mayoras del municipio de San Antonio, Tolima: "los mayores tienen una experiencia vital muy larga y le pueden hablar a uno no de una violencia, sino de diez. Yo creo que el valor que tienen los viejos es, precisamente, el hecho de que ellos son, en sí mismos, acumulaciones históricas de procesos sobre los cuales pueden hablar de manera directa. El trabajo de nosotros es aprender a escucharlos, no asignarles ni darles una voz, sino, al contrario, escuchar esas múltiples experiencias que, me parece a mí, están todavía por indagar", nos dijo Castillejo en medio de la entrevista.

El profesor Alejandro Castillejo Cuellar, doctor en antropología, especialista en estudios sobre conflicto y paz, transiciones políticas y justicia transicional, entre otros temas de relevancia actual, tuvo a su cargo la producción del Volumen Testimonial del Informe Final de la Comisión de la Verdad "Cuando los pájaros no cantaban. Historias del conflicto armado en Colombia", realizado por la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, en el cual se buscó reunir las voces de miles de víctimas y victimarios para entender cómo la violencia ha transformado la vida de las personas. De ahí nuestro interés por conversar con él, pero también, la verdad sea dicha, porque Castillejo es una autoridad en lo que refiere al testimonio como artefacto social a través del cual se expresa el conflicto y la paz, sea porque lo ha estudiado como concepto, sea porque buena parte de su trabajo académico lo ha dedicado a recolectar testimonios, sea porque él mismo es un testimoniante del testimonio.

El caso es que pudimos conversar con Alejandro Castillejo para preguntarle sobre la importancia del ejercicio testimonial en una sociedad como la colombiana, profundamente mediada por múltiples violencias y, al tiempo, por múltiples experiencias de re-existencia. También hablamos de la verdad/veracidad que se le asigna al testimonio, y sobre el papel del investigador en la dinámica testimonial. Como castillejo es un investigador con mucha experiencia en estos temas, iniciamos preguntándole sobre cuál consideraba que era la importancia del testimonio a la hora de contar historias relacionadas con el conflicto armado.

Aquí habría que preguntarse, para comenzar, cuál sería el sentido del testimonial. Yo no creo que la gente testimonie porque sí. La primera asociación que

se hace con la palabra testimonio es con la memoria, en la medida que alguna gente utiliza la palabra memoria como relato. Esa relación entre relatar y testimoniar es de una cercanía tal, que se hacen casi indistinguibles. Pero una cosa es el acto de testimoniar y otra el de relatar. Yo creo que la diferencia está en el contexto en el cual se enuncia, se habla, y, en segundo lugar, en las condiciones de ambivalencia de aquello que se escucha. Porque el habla y la escucha tienen un contexto de interpretación. Y es a través de esa matriz de interpretaciones que se hace audible lo que la gente dice.

Hay que tratar de entender las condiciones en las que la gente habla, testimonia, para establecer para qué se habla, es decir, para qué testimoniar. Para el caso de la Comisión de la Verdad, la gente testimonió para, de cierta forma, dar materialidad a la experiencia propia en relación con el conflicto armado. La gente habla en primera persona de lo que le pasó, y a esa articulación que hay en el habla de la experiencia propia –en este caso, de la guerra–, la podríamos definir como testimonio. Entonces, en un proceso de reconocimiento de sí mismo, de reconocimiento de la propia identidad, el acto de testimoniar se convierte en un esfuerzo que hace la gente para articular en su testimonio la memoria, la identidad, la historia, todas esas dimensiones de lo humano que se concretan en el testimonio.

Pero hay que dejar claro que una cosa es el acto de testimoniar, el relato en sí mismo, y otra cosa son las condiciones socio-históricas que llevan a una persona a hablar. Y aquí surge otra pregunta clave: por qué testimoniar. Yo me imagino que quien se convierte en testimoniante en el contexto de instituciones como la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) o la Comisión de la Verdad, tendrá un objetivo jurídico (que haya verdad, justicia y garantías de no repetición, o que se reconozca el dolor de las víctimas), mientras que cuando se relata sin una obligatoriedad institucional [como los relatos de este libro] se habla más de un escenario de autorreconocimiento y reconocimiento de otros, que no es el mismo sentido de reconocimiento de la verdad en la que estaría interesada la JEP o que sería importante para la Comisión de la Verdad.

Es claro que esta propuesta del libro Memorias Mayores se sitúa en el contexto del testimonio que no tiene fines de "esclarecimiento de la verdad judicial". Se trata, más bien, de un espacio para el reconocimiento de una serie de personajes y procesos que hacen parte de la vida del municipio y que, de algún modo, la representan. De todas formas, en el fondo del ejercicio testimonial está la intención de "la verdad", ya que, se supone, el testimonio no es una ficción sino un relato experiencial que pretende contar "una verdad", la de aquella persona que cuenta su experiencia. Pero ¿cómo entender ese asunto de la verdad en el testimonio, o el debate sobre la verdad

y la veracidad testimonial, cuando algunos relatos referencian cuestiones que podríamos llamar sobrenaturales: espantos, apariciones, hombres sin cabeza, ánimas benditas del purgatorio?

Para tratar ese tema les voy a recomendar un libro que se llama: «Hablando con los vampiros: una historia en el África colonial» de Luise White. Esto tiene que ver con el estudio del rumor. White cuenta la historia de cómo Mozambique entra, en los años ochenta del siglo XX, en un contexto y un relato social distinto al que tenía cuando era una colonia de Portugal administrada por blancos racistas. Esta es una investigación de comienzos de los 90´s, sobre cómo en algunos barrios pobres de la capital comienzan a circular historias de vampiros y sobre la chupadera de sangre. Estas eran historias que hablaban de vulnerabilidad corporal, que giraban en torno a la extracción de la sangre y, simultáneamente, circulaban historias de carros fantasmas que iban a los pueblos y a las ciudades a conseguir niños para el tráfico internacional de órganos humanos. Esas historias se convirtieron en lo que algunos llaman "mitos urbanos", y White descubrió que frente a esas historias sobrenaturales el tema de la veracidad pasaba a un segundo plano. Aquí no se trataba de establecer si el tema es cierto o no. En realidad, lo importante son los mecanismos narrativos que la gente utiliza para hablar de la vulnerabilidad de lo humano en un momento de profunda incertidumbre.

Entonces, más que la pregunta por la verdad o por lo veraz, lo que se constituye es un artefacto narrativo que le permite a las personas entender lo que les estaba pasando, en un lenguaje que no necesariamente es objetivista. Si nos preguntamos si a eso se le puede considerar o no como testimonio, con toda seguridad no lo sería desde el punto de vista del derecho, o desde el punto de una institución como la Comisión de la Verdad, o desde las jurisdicciones de paz, ya que ellas operan desde parámetros y epistemologías situadas en lo legal. Pero no podemos negar que existen otras formas de testimoniar y otros recursos narrativos para hablar de la vulnerabilidad de los cuerpos y las cosas. Ahí la pregunta por la veracidad de modo, tiempo y lugar, no tiene sentido.

Ustedes podrían preguntarse, en relación con este libro, qué es lo que las historias de los espantos –que a mí me parecen fascinantes– están diciendo de esa comunidad, qué tipo de "rumores" hay detrás de todo eso. Y eso tendría que ir acompañado, a mi modo de ver, de una reflexión sobre eso que yo denominé como "los espacios del terror": quiénes los habitan, porqué espantan allí, cómo operan esas topografías de lo fantasmal o esas cartografías del miedo, para explicar cómo los lugares no solo son habitados por personas, de tal suerte que quienes habitan ese territorio también son entidades fantasmales, o espantos como ustedes les llaman, o

entidades liminales. Eso mostraría cómo el miedo, el recuerdo, la historia, etcétera, van produciendo "lugares" en el territorio.

En el mundo indígena estos son temas importantes por una razón muy especial, pues, en última instancia, muchos de los territorios indígenas están constituidos por sujetos que están más allá de la materialidad en sí misma y, con frecuencia, la violencia no solo ataca el mundo corporal y territorial indígena, sino que, además, desequilibra a las entidades no materiales, no humanas, con las que conviven. Entonces, en los mundos indígenas también se relatan esos "daños" que se les hacen a sus universos, y eso se expresa en sus relatos de maneras diversas.

En todo esto hay un par de claves importantes. Lo primero es que se puede testimoniar en una lengua que no sea la del derecho y la objetividad, entendiendo aquí por objetividad la precisión de circunstancias de modo, tiempo, lugar sobre una serie de eventos claramente definidos. En segundo lugar, existe la necesidad de explorar la relación entre los territorios del dolor, los territorios del terror, el relato histórico y lo narrativo, para tratar de entender cómo los sujetos, en este caso los mayores, tratan de entender el mundo.

Son múltiples los relatos que se presentan en este libro, y todos ellos remiten a historias de mayores y mayoras campesinos e indígenas. En algunos casos son relatos individuales y, en otros, colectivos. Pero todos ellos son, llamémoslos así, "relatos interesados", porque atienden a contextos y reivindicaciones particulares. Pero hay también silencios, personas que por diferentes motivaciones no quieren contar su experiencia, lo que no implica que no quieran recordar. ¿Qué papel juega el silencio en la dinámica testimonial?, ¿cómo participa eso que usted ha denominado como "las texturas del silencio" en el relato social?

El silencio es un tema bien complejo, y se debe entender en el contexto de los dos usos que se hacen del testimonio: sea con el objeto del esclarecimiento de eventos o como mecanismo para significar y sentir el mundo. Y son dos cosas distintas. Dependiendo de cuál es el sentido del testimonial, el silencio tiene definiciones y funciones distintas. Yo diferenciaría, por lo menos, tres cosas: la primera es el silencio como silenciamiento, que sería mucho más perceptible en una situación de esclarecimiento de la verdad a través del testimonio, porque, claramente, el poder lo que ha hecho es silenciar a la gente en el contexto de la guerra.

En segundo lugar, tenemos el silencio articulado a la experiencia, es decir, el testimonio a través del silencio mismo. Esto tiene que ver con el hecho de que se ha presumido un ideal de la memoria vinculado con la palabra; pareciera que el derecho a la memoria es igual al derecho a la palabra y, a mi modo de ver, la gente se ve forzada

relatar, a contar para sustanciar ese derecho. Yo personalmente pienso que ese es un modelo particular, no universal, de entender el derecho a la memoria y el derecho al relato. Y creo que la gente también tiene derecho a guardar silencio. Y creo que en ese guardar silencio hay, si se quiere, una dimensión histórica, contextual, de lo que significa guardar silencio. Yo creo que el reto de uno como investigador es aprender a entender esos silencios en el contexto, en el momento histórico y en las circunstancias propias de quien testimonia, porque según sea el contexto, los silencios son distintos. Hay que recordar que, en sociedades en conflicto como la nuestra, el silencio también cumple una función de protección.

Hay que entender que el acto narrativo está hecho de enunciaciones y silencios. El silencio es tan importante como la enunciación misma, el vació es tan importante como el contenido mismo. Y yo creo, como un tercer elemento, que hay que comenzar a pensar en los silencios de manera relacional, no como una especie de objeto cosificado. Frente a esto, es muy importante la idea de que el contexto en donde se enuncia también genera condiciones para lo audible, para lo escuchable, porque el contexto donde el silencio media es producto, también, de las condiciones de lo escuchable y, claramente, hay cosas que en algunos contextos son inexpresables e inaudibles. Por eso, considero que hay que distanciarse de esa noción de silencio y contenidos como opuestos, de que quedarse callado es distinto y opuesto de enunciar. Yo creo, más bien, que silencio y enunciación son artefactos relacionales que tienen su momento histórico, su contexto y sus condiciones de audibilidad.

Ahora bien, no se debe confundir el silencio con silenciar. Evidentemente, una cosa es cuando el poder imprime sobre el otro un silencio como inscripción de ese poder, y otra cosa es el acto voluntario de callar que, en contextos determinados, se puede entender, en sí mismo, como una forma de testimonio. Frente a esto nos ha hecho falta, honestamente, una reflexión más honda; siempre es importante preguntarse qué es lo que se dice en el instante en que no se dice; incluso eso tiene que ver con lo que hablábamos de Luise White: qué es lo que las historias de vampiros dicen de lo que no se puede decir realmente, y cómo el acto de contar historias instaura una manera de decir y una manera de silenciar.

En este tipo de investigaciones se encuentran quienes testimonian y quienes interrogamos o guiamos la consulta testimonial y, en definitiva, administramos esa información. En ese ejercicio también hace presencia la experiencia del investigador, sus intereses y silencios e, incluso, silenciamientos. Por ejemplo, para este libro «Memorias Mayores», donde se recopilaron testimonios sobre las vivencias de un grupo de campesinos e indígenas del municipio de San Antonio de Calarma, hay algunas historias vinculadas con situaciones difíciles (de violencia, por ejemplo) que

podrían haberse estudiado con mayor profundidad y rigor, en los que, por no contar con apoyos institucionales, psicosociales, incluso de seguridad, preferimos no ahondar. Es decir, nos impusimos un tipo de silenciamiento motivado, como usted dice, por el contexto en el que se da el ejercicio testimonial. Eso obliga, también, a decidir sobre la anonimización o no de los testimonios, sobre la firma de "consentimientos informados", sobre la selección de enfoques de consulta de la información. Al final decidimos dejar el nombre de los mayores y mayoras, ya que consideramos que los textos no revelaban situaciones que afectaran la seguridad o la tranquilidad de los participantes. A usted como investigador seguramente le ha tocado vivir situaciones similares, ¿cómo las ha enfrentado?

Pues sí, muchas veces, la verdad. Cuando yo hablo de la administración del testimonio, deconstruyo un poco ese artefacto testimonial y digo que el testimonio no es una cosa que sucede en un instante, sino que es un conjunto de operaciones donde está el momento de la enunciación, resultado del encuentro entre el investigador y la persona, pero además el investigador va, con toda seguridad, con un conjunto de preguntas para llenar un poco de documentos y para escribir cosas. Entonces, el testimonial comienza en ese encuentro, pero termina, al final de cuentas, en la circulación literal de lo que la gente dice; es decir, todo ese proceso que se deriva del acto testimonial hace parte de la vida social del testimonio. De ahí la importancia que yo le doy al acto de testimoniar, porque para llegar al libro que ustedes quieren publicar tuvo que haber un larguísimo proceso de edición. Y, presumimos, es un proceso que respeta el punto de vista y las palabras de las personas.

Y ahí hay una gran pregunta relacionada con la administración de la información. Por ejemplo, uno firma un consentimiento informado con las personas para controlar la información, para, incluso, anonimizar. Yo, por definición, siempre anonimizo todo. Y el anonimizar pasa por quitar el nombre de la persona hasta quitar cualquier elemento identitario del documento: los nombres de las cosas, las toponimias, el nombre de las comidas, todos esos elementos que pueden poner en riesgo a alguien. Por lo tanto, un consentimiento es un permiso, pero sobre todo es una exigencia de mantener anónimas las personas que están hablando, y eso implica un ejercicio a veces doloroso porque implica, por ejemplo, cambiarles la toponimia a los relatos, y eso tiene sus implicaciones; y hay que explicarle al lector estas situaciones a través de recursos como los pies de página, si es el caso.

Creo que, al final de cuentas, siempre tiene que estar por encima de todo la protección y la integridad de la persona, incluso en la Comisión de la Verdad, porque aunque nosotros no manejábamos información sensible en términos de seguridad, sí manejamos información sensible en el sentido de que es la vida de la gente.

Finalmente ¿qué opinión tiene Alejandro Castillejo de ejercicios testimoniales que surgen, como en este caso, en espacios comunitarios?

A mí me parecen importantes estas actividades que están fundamentadas en un ejercicio comunitario específico, que no tienen un objetivo más allá del acto mismo, donde el producto final es el mismo proceso. Yo creo que hay que aprender a valorar estos procesos como productos, indistintamente de los contenidos de las historias y las historias mismas, porque los procesos esconden la capacidad de la gente para conectarse, para revincularse, para reapropiarse, para reconocerse. Y todo eso sucede en el acto mismo del hacer y me parece que, en la medida en que eso se pueda dar, los productos tienen más sentido para las personas. Lo que queda en la gente, en realidad, es el proceso mismo.

Y aunque el proceso es clave, yo creo que no hay que desmitificar tanto los libros; a veces sí, el mundo académico está hecho de libros, pero también el mundo está hecho de lo que uno como investigador hace en esos procesos, y eso para mí tiene un valor muy importante también. Que a veces no lo reconozcamos porque hay mucho trabajo académico al que eso le parece irrelevante, es otra cosa, pero el proceso mismo, para mí, es el gran producto de todos estos ejercicios y, en ese sentido, me parece interesante la reflexión que puedan ustedes sacar de todo esto.

La verdad sea dicha, el libro ya estaba finalizando su proceso editorial cuando nos cogió el afán de conversar con el profe Alejandro. Fue más un embeleco de última hora, porque pensamos que el libro Memorias Mayores podría ser un modesto pero significativo aporte comunitario al extraordinario trabajo que realizó la Comisión de la Verdad para explicar las causas del conflicto armado interno colombiano. Y aunque las temáticas de las que trata este libro parecieran distantes al propósito de la Comisión, en lo profundo hay coincidencias en las voluntades y empeños de "sentar las bases para la no repetición, mediante un proceso de participación amplio y plural para la construcción de una paz estable y duradera".

Referencias bibliográficas

Old Kaos. (2013). *Calarcá, su leyenda y muerte*. Recuperado de: https://archivo.kaosenlared.net/calarc-su-leyenda-y-muerte/.

Pueblos Originarios. (S.f.) *Calarcá*. Recuperado de: https://pueblosoriginarios.com/biografias/calarca.html.

Valencia Zapata, A. (1963) *Quindío histórico, monografía de Armenia*. Armenia: Empresa tipográfica.

Lista de fotografías partes II y III[8]

Fotografía 1. Grupo cultural liderado por la mayora Carmenza Aroca en los inicios del Resguardo. 2
Fotografía 2. Mayores Antonio Pedraza y Carmenza Aroca, líderes históricos del resguardo. 2
Fotografía 3. Médica ancestral Alba María Yate (QEPD) y mayor Gustavo Váquiro (foto derecha con gorra), líderes históricos del resguardo. 2
Fotografía 4. Líderes y actividades organizativas colectivas del Resguardo. 2
Fotografía 5. La cultura es uno de los pilares fundamentales del proceso del resguardo (RISC). 2
Fotografía 6. Comuneros de la parcialidad Pijao Palmira Alta en reunión comunitaria. 2
Fotografía 7. Comuneros de Palmira Alta en actividades organizativas. 2
Fotografía 8. Actividades comunitarias en la parcialidad Palmira Alta del pueblo Pijao. 2
Fotografía 9. Reuniones organizativas del proceso indígena de la parcialidad Pijao de Palmira Alta. 2
Fotografía 10. Dos jóvenes combatientes que se reinsertan cuando Germán Guzmán Campos era Asesor Técnico de la Oficina de Rehabilitación de la Presidencia de la República (1958-1962). (Archivo virtual GGC, Universidad del Valle). 2
Fotografía 11. Alejandro Castillejo Cuellar en lecturas rituales del volumen testimonial del informe final de la Comisión de la Verdad (Foto: Redprodepaz Colombia). 2

[8] Las fotografías de la Parte I fueron tomadas por Andrés Felipe Ortiz Gordillo, previa autorización de los personajes retratados. Las fotografías que aparecen en este libro hacen parte de los archivos de las comunidades o personas involucradas, cuestión que se reconoce en las respectivas “Notas editoriales”.

MEMORIAS
mayores

“Al inicio fue una charla abierta, sin ninguna ruta temática, pero como en la conversa había siempre dos temas recurrentes, decidimos orientar el libro hacia esos focos de la memoria: los espantos del más allá y los del más acá. Es decir, los llamados “mitos y leyendas” populares, que, como dice la mayora María Inés “son de verdad, yo no soy mentirosa”, y los acontecimientos de violencia vividos por las comunidades del territorio en el marco del conflicto armado interno. No es que hubiésemos querido enfocar el libro en eso. Es que es eso lo que recordaron los abuelos y abuelas cuando preguntamos por las memorias significativas del municipio.”

Monumento
Centenario de fundación de San Antonio
“Raíces de mi pueblo” (2015)
Simón Manrique (escultor)

COMO LA CIGARRA
(((RADIO)))

RESGUARDO INDIGENA SAN ANTONIO DE CALARMA

¡Yo ♥ mi biblioteca pública!
GERMÁN GUZMÁN C.